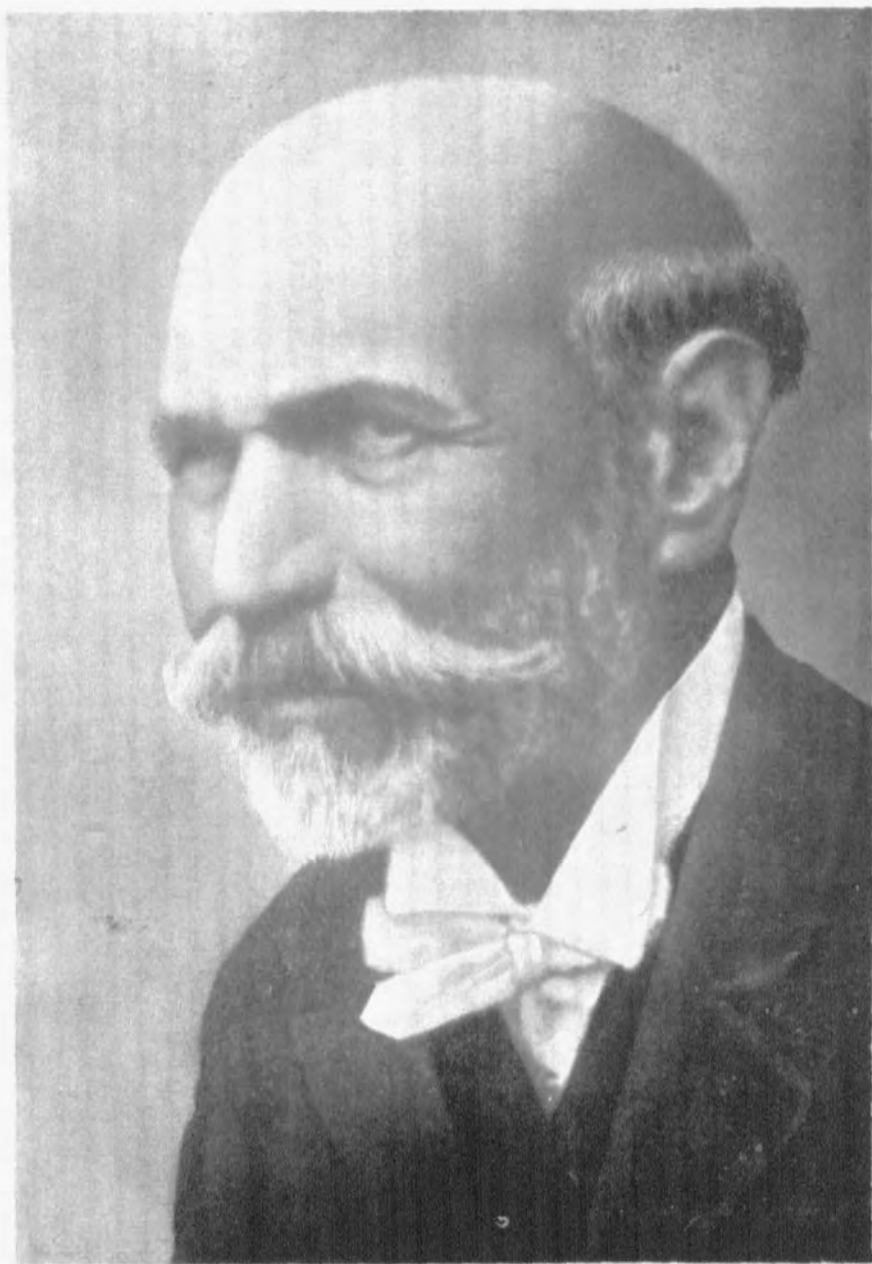


JOSE MIGUEL ALZOLA

DON CHANO CORVO

(CRONICA DE UN JARDINERO Y SU JARDIN)





Don Sebastián González-Corvo y de Quintana en los
postreros años de su vida

JOSE MIGUEL ALZOLA

DON CHANO CORVO

(CRONICA DE UN JARDINERO Y SU JARDIN)

Reservados todos los derechos

Copyright by José Miguel Alzola, 1973

Depósito Legal G. C. 639 — 1973
Litografía - Imprenta MARCELO - Perojo 41
Las Palmas de Gran Canaria
Islas Canarias — España

I

LA SELVA PROFANADA

Por su ancha y aplastada nariz todos llamaban *Doramas* al caudillo de Telde; debió ser, sin duda, el rasgo más característico de su fuerte, pero no grande cuerpo. Al elegir el intrincado bosque que se alzaba en la parte septentrional de Gran Canaria para refugio de su rebeldía, monte y rebelde llevarán en adelante un mismo nombre, y esta identidad se prolongará más allá de la muerte del héroe aborigen.

Cuando, en desigual lucha, el capitán Pedro de Vera le arrancó la vida de una lanzada tuvo, al menos, el bello gesto de ordenar que su cuerpo fuera sepultado en la Montaña de Doramas, en su Montaña. El historiador Abreu y Galindo llegó a ver el elemental sepulcro del esforzado canario: un cerco de amontonadas piedras y en su centro una rústica cruz. Luego, el bosque, con sus incansables zancadas verdes, o el hombre, ávido de tierras de labor, borraron para siempre los límites de esta parcela entrañable.

La espesa vegetación de Doramas se derramaba generosa, a lo largo de seis millas, por el cresterío de cuatro pueblos: Teror, Moya, Firgas y Arucas y aseguraba don Bartolomé Cairasco de Figueroa, el gran *esdrujulón* isleño, que en este bosque "...de Apolo délfico no puede penetrar el rayo cálido..." Pero de tan hermoso paraje sólo nos quedan hoy, para mayor desconsuelo, las descripciones de algunos coetáneos y al leerlas se acrecienta más nuestra congoja por su desaparición.

Viera y Clavijo, historiador y naturalista, nos la pinta así:

“...Casi nada era comparable en el mundo a su espesura, lozanía, verdor y deliciosa frondosidad. La robusta, descollada y numerosa arboleda que la poblaba tenía el raro privilegio de componerse, por la mayor parte, de árboles y arbustos indígenas, esto es, de vegetales propios y privativos del país. Tales eran el palo blanco, el barbusano, el viñátigo, el acebiño, el follado, la llamada haya, el llamado til, el escobón, la jinja, la mocanera, el drago, el poleo de montaña, etc.; sin contar con los innumerables laureles y otros árboles apreciables...”

“...Es verdad que todavía, para testimonio de lo que la Montaña de Doramas ha sido, se conserva la arboleda del barranco en donde nacen las bellas aguas nombradas “*Madres de Moya*”, compuesta principalmente de los llamados tiles, tan altos que las cimas de sus copas se pierden de vista, y tan enlazados que ofrecen un remedo del templo catedral, con apariencias de columnas, arcos y bóvedas...”

Quizá pudiera parecernos hiperbólica la descripción de Viera y Clavijo, fruto del vehemente amor que profesó a las islas, pero no es así; sobre 1590 la contempla también el ingeniero cremonés Leonardo Torriani, enviado por Felipe II para estudiar las fortificaciones del archipiélago, y experimenta el mismo entusiasmo que el naturalista canario: “...Entre las cosas dignas de mencionarse está la Montaña de Doramas, que, mirando hacia el Norte, tiene aguas fresquísimas, cerros amenos, y sitios extraños y cuevas toscamente hechas, y varias clases de árboles en número infinito, que con sus excelsas cimas parecen rebasar el término de su crecimiento; los cuales crían sombra a los prados, a las yerbas y a las fuentes que allí se hallan, de tal modo, que no sólo parece ser la famosa montaña de Ida, sino que parece como si reuniese en sí a todos los dioses del Parnaso y de la Arcadia...”

Otro foráneo, el burgalés don Cristóbal de la Cámara y Murga, obispo de Canarias desde 1627 hasta 1633, hace de ella este elogio: “...Es pues aquella montaña de las grandiosas cosas de España: muy cerrada de variedad de árboles, que

mirarlos a lo alto, casi se pierde la vista, y puestos a trechos en unas profundidades, y unas peñas, que fue singular obra de Dios, criándolos allí: hay muchos arroyos y nacimiento de frescas aguas, y están los árboles tan acopados que el mayor sol no baja a la tierra. A mí me espantaba lo que me decían, y visto de ella lo que pude, dije me habían dicho poco...”

La Montaña no era de nadie y era de todos; la aprovechaban en común los hijos de Teror, el vecindario de Moya, la breve población de Firgas y los industriosos aruquenses. A ella iban por aguas finas y leña para los hogares; a traer el jugoso pasto para las reses y la *cama* para esparcirla sobre el suelo de los alpenderes; a cortar madera para las techumbres de sus viviendas; a cazar y a buscar al capirote que alegraría luego el patio con su fuerte y sostenido gorjeo. Lo que no podían hacer era adentrar ganado cabruno y vacuno en la Montaña porque, al destruir con el ramoneo los pimpollos, se impedía la espontánea repoblación. Una ordenanza, confirmada por el rey Carlos I en 1547, establecía severas penas que podían hasta significar la pérdida total del ganado y cien azotes al pastor.

Pedro de Vera, que le quitó la vida a Doramas, fue también causa remota de la muerte vegetal de la Montaña. Al terminar la conquista de Gran Canaria introdujo, desde la Madera, el cultivo de la caña de azúcar e inmediatamente comenzaron a establecerse ingenios que consumían ingentes cantidades de leña para alimentar las calderas. La Montaña de Doramas fue entonces víctima de una tala despiadada. Los gobernadores de la isla, consternados ante tamaño desafuero, dispusieron que durante diez años no se efectuaran cortes para que el bosque se recuperara; pero los dueños de los ingenios, que eran casi todos regidores del Cabildo, decidieron con su voto derogar la molesta veda. La solución que se le dio al problema fue, sin duda, habilidosa, pero poco eficaz. Una Real Cédula de 5 de abril de 1533 dispuso que, en adelante, cuando se platicara

en Concejo sobre leña habrían de salir de la sala los *señores de ingenios*. Los azúcares proporcionaron a la isla prosperidad, buenos dineros y valiosas obras de arte, como el retablo flamenco de Telde y las tablas de Van Cleve de Agaete, pero el bosque ya no volvería a levantar cabeza.

No sólo el ganado y la tala eran los enemigos de la arboleda de Doramas, también los incendios provocados y el carboneo —que proveía de combustible a los braseros de todas las cocinas de la isla— iban acorralando la vegetación como quien cerca a una banda de malhechores, refugiada en lo alto de un cerro. Ya más tarde se puso en práctica, con tremenda insensatez, la fórmula de convertir estas tierras comunales en parcelas privadas, bien por la ocupación simple y llana del apetitoso o por concesión graciosa. La historia de este despojo merece unos párrafos aparte.

El fuego liberaba a los ambiciosos de todo esfuerzo físico: bastaba con producir una chispa cualquier día de cualquier verano para aniquilar miles de árboles. Don Isidoro Romero y Ceballos, puntual cronista durante treinta años de los sucesos insulares (1783-1813), anotó que en agosto y septiembre de 1802 se propagaron tres grandes incendios que destruyeron la mitad de la Montaña.

La mano que en la espesura hería el pedernal con el eslabón era siempre la de un hijo de Moya. Los vecinos de este pueblo anhelaban cortar en trozos la túnica verde de Gran Canaria para repartírsela entre ellos. Pero, como la Montaña era de aprovechamiento comunal, mostraban siempre su disconformidad los lugareños de Teror, Arucas y Firgas. Al principio, con escritos de protesta; luego, tocando a rebato para que los hombres subieran a sofocar el fuego y, de paso, destruyeran las mieses y las casas levantadas en los calveros, con el fin de que los árboles volvieran a retoñar.

Antonio Herrera, que vivía en Valleseco, soliviantaba él solo a todo el término de Teror, que para eso tenía un corazón

grande. Predicaba a diario la violencia y como su conducta resultaba incómoda fue conducido a Las Palmas y encarcelado. Pero los terorenses, que no querían perder ni a su Montaña ni a su caudillo, se amotinaron y fue necesario organizar una expedición de castigo, compuesta por una compañía de granaderos, al mando de Juan María de León, la cual entró en la villa el 16 de diciembre de 1803 y redujo a los inconformes.

Parecidos sucesos se repitieron en agosto de 1823. De nuevo el Ayuntamiento de Moya decidió distribuir datas para remediar —decía— la infelicidad y desdicha del vecindario. La noticia le llegó prontamente a Pablo Bethencourt y Castro, Mayor de la Plaza y su Gobernador interino, y sin pensarlo mucho se puso en camino hacia Moya, no para impedir con su presencia la comisión del hecho sino para alentarle y recabar sendas parcelas para cada una de sus hijas. El, muy digno, muy señor, no aceptaba nada, no quería nada. La Autoridad —pensaba— no puede mezclarse en esas pequeñeces, tiene que dar ejemplo de cómo han de ser administrados los bienes del común...

Cunde la indignación y vuelven a levantarse los pueblos limítrofes; en esta ocasión le incendiaron la casa a Pedro Hernández Gordillo, cabecilla indiscutible de los acontecimientos. Al ver el gobernador Bethencourt que el reparto se iba a malograr tomó el caballo y en un periquete se puso en Las Palmas; hizo comparecer al teniente coronel José Joaquín de Matos y le ordenó aprontar cien hombres de las Milicias, una Compañía de Artillería, con dos cañones, y ponerse inmediatamente en camino hacia Moya a proteger la distribución de tierras. La tropa salió de la ciudad al amanecer del 3 de septiembre y no se le concedió descanso hasta llegar sobre el mediodía al Lomo de San Pedro. Desde allí se divisaba el Lomo Grande de Arucas coronado de labriegos en actitud nada tranquilizadora; proferían gritos y amenazaban a los expedicionarios con las azadas, las hoces y los bieldos que habían acarreado desde sus predios. Entonces aconteció algo inesperado;

los de uno y otro bando, espontáneamente, comenzaron a dar vivas a la Virgen del Pino y a la Montaña de Doramas; los cañones permanecieron silenciosos y las azadas y los bieldos continuaron apoyados en tierra. No hubo lucha y el coronel Matos se vio obligado a ordenar el regreso de la pacífica tropa a la ciudad, en la que entró cuando las campanas de las iglesias tocaban a oración.

Esta confraternización de amotinados y tropa desbarató el plan de castigo maquinado por el gobernador Bethencourt. Como la veleidosa milicia grancanaria no era de fiar se decidió a pedir al Capitán General el refuerzo de soldados tinerfeños, ajenos a la disputa. Cien granaderos, mandados por el capitán José Peraza, desembarcaron por las Isletas; con ellos venían nada menos que el jefe político Rodrigo Fernández Castañón, los tenientes coroneles Toscano y Olmo, el capitán Mieres y el teniente Machado: nutrida fuerza para tan endeble contrincante.

Llegó la mañana del 8 de septiembre y no hubo romerías al templo de la Patrona; la gente no cantaba por los caminos como en otros años; las guitarras y timplas permanecieron sin afinar: no hacía falta porque la isla no estaba para fiestas. Los hombres de las medianías salieron de sus hogares antes de amanecer para concentrarse en el pago de Tafira; su propósito era realizar una entrada violenta en la capital, amedrentar a las autoridades y obtener el reconocimiento de sus derechos. La insurrección la acaudillaban tres clérigos: el anciano don José Ortega y los reverendos Domingo Regalado y Agustín de Vega.

Pero en aquella mañana septembrina Dios estaba con los dos bandos. Si los clérigos que capitaneaban la asonada invocaban el nombre del Señor, también otro cura, a la misma hora, en la plaza de Santa Ana, decía misa de campaña y pronunciaba un fervorín a las milicias dispuestas para el combate. Las palabras del oficiante pecaron de anacrónicas; pensó, sin duda, que se dirigía a los soldados que con don Juan de Austria iban a luchar contra el infiel en Lepanto y la realidad

era mucho más modesta y más entrañable: no se pasaría de Tafira Baja y en el lado de enfrente estaban hermanos, padres o tíos y no *sarracenos*. Una vez concluida la prédica se tocó generala y a las 12 se puso la tropa en marcha hacia el pago colindante. La participación tinerfeña descartaba una nueva defección. La táctica empleada fue más que simple, infantil, pero dio resultado: al divisar al *enemigo* se hicieron dos disparos de cañón dirigidos, intencionadamente, a puntos apartados del lugar en que se apiñaban los sublevados, lo que bastó para dispersarlos. Así, sin sangre, terminó la escaramuza y la columna pudo regresar y dormir en la ciudad.

Dos días después se produjo otro levantamiento en Telde, al que se unieron los milicianos provinciales residentes en el Sur con sus oficiales. No se trataba ya de un movimiento popular dirigido a defender la integridad de la Montaña de Doramas; la política se metió de por medio y mancilló la pureza primitiva de esta rebeldía, transmutándola en un enfrentamiento de absolutistas y liberales. Las pasiones se arrebataron y el suceso concluyó manchado de sangre.

En los alrededores de Jinámar se encontraban los sublevados cuando llegó al lugar Fernández Castañón al frente de trescientos soldados de las Milicias más cien granaderos, cien infantes y cien artilleros. En el otro bando disponían del armamento de los milicianos rebeldes, de un viejo cañón procedente del castillo del Romeral y de los picos, azadas y garrotes que portaban los campesinos. Castañón, como primera medida, invitó a la Miliciaalzada a deponer las armas y al momento fue obedecido. Entonces, al comprobar el paisanaje su soledad y desamparo se dispersó precipitadamente. El resto fue un paseo militar hasta Telde. Allí detuvieron al cabecilla Matías Zurita, le juzgaron y le fusilaron en la plaza de San Juan. Las últimas palabras del anciano rebelde conmueven aún hoy:

—¡Cuánta gente para ver morir a un hombre!

La umbría se trocaba deprisamente en paramera, empujada por los apetitosos de tierras para plantar papas y millo.

En el esfuerzo apechugaban curas, soldados y hasta generales, que la ambición no reconoce grados; los ejemplos abundan. El párroco de Moya, Francisco Guerra Ponce, que tenía en más aprecio el arado que la estola, se hizo nombrar nada menos que regidor del Concejo para poderse apropiar, impunemente, de las suertes situadas en el Tablero. Algunos de los milicianos isleños, que lucharon en la Península contra las tropas de Napoleón, también fueron premiados a su regreso con tierras en Doramas. Pero el gran despojo se perpetró en 1831, cuando el mariscal de campo Francisco Tomás Morales, oriundo del Carrizal de Ingenio, obtuvo, por R.O. de 20 de febrero, succulentas fanegadas de tierra en la Montaña para compensarle de los atrasos que le adeudaba el Estado por las campañas de Venezuela. Había tomado voluntariamente el fusil, como soldado raso, en 1804 y llegó a general en jefe del Ejército en 1822; al abandonar América, vencido, nadie le discutió su condición de canario bragado. Quizá la última lucha la tuvo que sostener con sus paisanos, que obstaculizaron, durante años, la tala y hasta la ocupación de sus predios.

Acostumbrado el general a la magnitud de las haciendas americanas juzgó, sin duda, pequeña la *data* que le fue concedida en la Montaña. El deseaba vivir allí con el boato de un virrey y para ello necesitaba más tierras y un tropel de servidores. Los procedimientos que puso en práctica para conseguir su intento fueron, por torpes, censurados con toda dureza por sus coetáneos. El Ayuntamiento de Moya, en particular, consideró que el general había puesto en juego el peso, entonces enorme, de su alto cargo para que se nombrara a un agrimensor venal, que pudiera manejar a su antojo; que las tierras ocupadas excedían con mucho de las concedidas; que utilizó el engaño, la amenaza y hasta la violencia para que los modestos labradores de las inmediaciones entregaran los predios en que vivían a cambio de la promesa de *respetarlos* como medianeros; que en ningún momento entró en los límites de la *data* el bosque conocido por los Tiles o Madres de Moya y, no obstante, lo hizo suyo *manu militare*. Acoquinados, grandes

y chicos, por temor a las represalias del influyente militar, todo quedó en protestas y él en el disfrute de unas tierras mal adquiridas.

En los repartos, en los altercados, en las maquinaciones, en los disgustos con el general y también en las violencias a que dio lugar la apasionante cuestión de la Montaña estuvo siempre presente una familia muy vinculada a Moya: la de González-Corvo. No será necesario adelantar que fue de las que obtuvo y disfrutó una generosa heredad en Doramas, la cual, transformada y hermo세ada, llegó a ser uno de los lugares más bellos de Gran Canaria: el *Jardín de Corvo*.

II

LAS ANDANZAS DE DON ENOCH Y OTRAS NOTICIAS

Don Mendo Corvo, alcaide de Lanhoso en la primera mitad del siglo XIII, fue tronco de una noble familia que se derramó con prodigalidad por Portugal y por los archipiélagos lusitanos del Atlántico. Corvo se denomina la más occidental de las islas Azores, descubierta en 1449 y en la que tenía su feudo una enérgica hembra, doña María de Vilhena, a la que los isleños entregaban cada año, con grandes aspavientos de sumisión pero a regañadientes, las primicias de sus ganados.

En el siglo XVI muchos portugueses vinieron a Canarias engolosinados por las pingües ganancias que se obtenían en el cultivo de la caña de azúcar; de tal manera fue creciendo su número que en los ingenios apenas se oía hablar en castellano. Entonces debieron arribar los Corvo y en las islas se quedaron para siempre.

Saltando de rama en rama en el frondoso árbol familiar, y también de siglo en siglo, llegamos al año 1812. En el libro de *Repartimiento de los baldíos de la jurisdicción del Pueblo de Moya* aparece un asiento, al folio 35 v., en el que se le señala una suerte de cinco fanegadas de tierra a don Miguel González Corvo como premio a los trabajos de agrimensura realizados en la propia Montaña y a sus desvelos en la defensa de los derechos del pueblo y en el fomento de las Artes, de la Agricultura y de la Enseñanza. No le fue difícil al don Miguel el ser generoso con los moyeros desde sus puestos de contador en la Oficina de Rentas Nacionales y, luego, de oficial mayor de la Secretaría del Gobierno Político.

Este fue el primer Corvo que disfrutó de tierras en Doramas. Las disfrutó y también las padeció porque en el motín de 1823 los revoltosos le incendiaron la casa y arrancaron los mojones que delimitaban el predio. El vivir entonces en la Montaña significaba una constante congoja del ánimo; nunca se sabía si el ataque de los comuneros iba a ser durante la noche o a pleno sol. Quizá fue esta inseguridad la que motivó en don Miguel González Corvo y León-Rojas un largo período de apartamiento y desinterés por su propiedad.

Pasaron así unos años en los que, hasta en sueños, veía a labriegos levantiscos por todas partes. En 1829 se reanimó, el coraje retornó a su cuerpo y con agrado volvió a ocuparse de las tierras moyeras, a atenderlas y vigilarlas. Sin duda llegaron hasta él noticias de las gestiones que en la Corte hacía el general Morales para obtener una data en la Montaña, data que le compensara de los viejos adeudos del Estado, y pensó que la presencia del ilustre militar tranquilizaría para siempre a aquel paraje. Era el momento de perfeccionar el título de su finca. Se dirigió entonces al señor Corregidor pidiéndole que por escribano público se expidiera testimonio de los asientos 44 y 45 del libro de Repartimientos y, al mismo tiempo, recabó del alcalde de Moya el deslinde de la propiedad y la colocación de los mojones arrancados durante las revueltas. Todo quedó aclarado y cuando se le hizo la concesión al general Morales tuvo éste por vecino y colindante a Corvo.

De un extremo a otro de la isla se conocían los actos de valor y también las tropelías cometidas por Morales en Venezuela. No era necesario más para frenar nuevos motines; a los campesinos, muchos de ellos indianos, no les agradaba la idea de enfrentarse con este personaje. Sin embargo, las protestas razonadas continuaron, como por ejemplo la de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, por la tala sistemática que llevó a cabo y las del Ayuntamiento de Moya. La paz, que trajo el general como un bulto más de su impedimenta castrense, apenas la pudo disfrutar su vecino don Miguel Gon-

zález-Corvo. Murió en Tenerife en 1833. Había nacido en el Realejo y a aquella isla fue a dejar sus huesos, después de luchar tanto en Gran Canaria por unas fanegadas de tierra...

Tres Corvo pasaron por esta data de la Montaña: el abuelo, Miguel, que la recibió y defendió como ya se ha narrado, y la acrecentó adquiriendo cinco fanegadas más de los pusilánimes colindantes; el hijo, Enoch, que la mantuvo con grande amor y el nieto, Chano Corvo, que la hizo parte de su vida, que la convirtió en consuelo de su existencia. Ahora le corresponde entrar en escena y adelantarse hasta nosotros, para que nos cuente algunos sucedidos, al hijo, a Enoch.

Fue el único superviviente de las segundas bodas de su padre con doña Antonia Medina y Noda. La primera esposa, Juanita Ducret, murió cansada de parir, pero a pesar de su fecundidad muchos de los hijos finaron prematuramente. Dos, Raquel y Josefa, fueron monjas de Santa Clara, en el desaparecido convento de San Bernardino de Sena del barrio de Triana. Al ser exclaustradas, en 1840, perdieron el hábito y con él un poco el juicio; el resto de sus días lo emplearon en dialogar con las pequeñas imágenes que lograron sacar de sus celdas. También sacaron en el magín un dilatado saber reposteril. Si las amistades les encargaban roscos, suspiros o yemas, antes de aceptar el trabajo lo consultaban con los santos inquilinos de su habitación:

—¿Podemos hacerle, divino Niño, dos libras de bienmesabe a la prima Lolita?

Luego, sus cansados ojos quedaban fijos en la cara redonda de la imagen esperando la deífica respuesta, que ellas no dejaban nunca de oír. Así, entre golosinas y pláticas celestiales, se fueron marchitando las vírgenes Corvo hasta morir de puro viejas.

Enoch fue el benjamín de la familia. Nació en Santa Cruz de Tenerife en 1817; los años de la niñez y de la mocedad

discurrieron entre esta población y la de Las Palmas, porque en las dos tenía casa abierta su padre don Miguel.

En Tenerife sentó plaza como voluntario de la flamante Milicia Nacional. Esta nueva ocupación castrense transformó al muchacho en hombre; fue, sin duda, el suceso más importante de su plácida juventud. El padre había ya muerto y de esta forma quedaba emancipado de los mimos maternos. Los galones de cabo pudo lucirlos, muy orondo, en 1838. Al producirse el Pronunciamiento de 1840 contra la Reina Gobernadora, para *mantener ilesa la Constitución de la Monarquía*, allí estaba el cabo Corvo, con el fusil al hombro, calle arriba y calle abajo sin disparar ni un solo tiro. Por tan brillante intervención, no manchada por el más leve exceso, le fue concedido por don Facundo Infante, Ministro de Gobernación, el derecho a usar el distintivo creado para premiar aquella espontánea manifestación nacional. Este paladín insular del progresismo ascendió a sargento en 1841, pero no continuó en las Milicias. Dos causas le hicieron abandonar el voluntariado: una sordera progresiva y el definitivo traslado de residencia a Las Palmas.

El cuenta 28 años; ella 32, no es hermosa pero posee una muy saneada hacienda. El matrimonio se celebró el 3 de octubre de 1843. Cupido no intervino para nada en la componenda; fue una unión sin arrebatos pasionales, de conveniencia. La esposa de Enoch llamóse Rafaela María de los Dolores Nicolasa de Quintana y Cardoso. Sus antepasados paternos llegaron a la isla en los primeros días de la Conquista y presumían de limpio linaje. La pareja ha acomodado su hogar en la casa de la novia, situada en la calle de la Peregrina, que era entonces la más importante vía comercial de la ciudad. Toda la planta baja del edificio la ocupa el gran comercio que doña Rafaela rige, con mano férrea, desde lo alto de una tarima encristalada, tras la que se resguarda con mil precauciones.

Los artículos más diversos se venden en la tienda de la Peregrina: telas de lana, merino negro anascotillado y llano, merino de colores, alpacas, crespones y terciopelos, madapo-



D. Enoch González-Corvo (1817-1901) y doña Rafaela de Quintana y Cardoso (1813-1898), padres de Chano Corvo

lán blanco, gusanillo de algodón, driles crudos, damascos, cé-firos, zarazas, crudillos, beatillas, fernandillas, rayadillos, cotíes de todos los colores, encajes, paraguas de algodón, botones de nácar, alfileres, pulseras de azabache, gargantillas de oro, cortaplumas, cofres de fósforos, sacos de chufas, suela catalana, velas de sebo, cajas de canela, té imperial y verde, bacinillas, escupideras, tibores, agua florida, jabones en cajas, tabasco, pimienta negra, cestones de loza pintada y amarilla, frandipán, pomada para el cabello, espliego, alhucema, pebetes, sahumero, alcanfor, árnica, obleas, candiles, quincallería, ron, ginebra del Aguila, aguardiente, aceite, mechas, tulipas, floreros, jarrones, cintas, flores de cera, láminas benditas y muchas cosas más que doña Rafaela sabe siempre en que anaquel se guardan.

Otra mercancía, de índole espiritual en este caso, se encontraba asimismo a la venta en el almacén de doña Rafaela: la Bula de la Santa Cruzada, que se traducía en el privilegio de no ayunar y de comer carne cuando los cristianos de otros países estaban obligados a hacer penitencia. La *Proclamación* de esta gracia pontificia era muy solemne y se efectuaba desde uno de los púlpitos de la catedral en las vísperas de la Cuaresma. Terminada la procesión, en la que un canónigo revestido de capa pluvial mostraba el *privilegio* a los fieles, Estupiñán, el criado de doña Rafaela, vestido de domingo, se echaba al hombro el paquetón de las indulgencias y, medio derrengado por el peso material y sobrenatural de las mismas, las acarreaaba hasta el mostrador de la factoría. Cada vecino adquiría luego la dispensa proporcional a sus ingresos y la esposa de Corvo, desde el alto fanal, como un inspector de Hacienda, verificaba la veracidad de la declaración, velando por su tanto por ciento.

Posiblemente don Enoch interpretó mal el contenido de la Santa Bula, en lo que se refería a la mitigación de la abstinencia de carne, porque comenzó a ser cliente asiduo del *Seis de Copas*, la mala casa del honorable barrio de San Antonio Abad, en la que traficaban con sus encantos las mozas ligeras

de la isla. La poca luz y la generosa capa protegían el secreto de las visitas de Corvo al meretricio para probar la carne joven que la patrona le servía en el cuarto más oculto de la tercera planta.

El único negocio de la esposa que Corvo regenta es el del barco *San Rafael*, dedicado al cabotaje entre islas. Este precioso velero de dos palos trae garbanzos y lentejas de Fuerteventura; barrilla, vino y chícharos de Lanzarote; millo, papas y trigo de Tenerife; quesos de La Palma; frutos secos del Hierro y de la Gomera. De Gran Canaria transporta, además de los productos de la tierra, muchas de las mercancías del almacén de la Peregrina, proveedor de pequeñas tiendas dispersas por el archipiélago. Don Enoch, en atenta vigilancia, permanece en el muelle hasta que el bergantín, patroneado por Roque del Rosario, se hace a la mar. Entonces, el armador consorte, sin prisas, encamina los pasos al risco de San Nicolás, a la calle Real, donde habita el patrón de su nave.

Le esperan. La puerta se abre sin necesidad de golpearla con los nudillos. Pino Farías —frescas las carnes, fresca la risa, fresca la lengua— le recibe con cariñosos aspavientos. Mientras el marido navega, el *amo* la consuela en su temporal soledad. Desde que Roque comienza a hacer el aprovisionamiento del *San Rafael* ella cambia las sábanas y abastece la despensa para dar regalo a Corvo. Algunos atardeceres va éste acompañado de sus amigos y entonces las reuniones se animan con guitarras, timple y la presencia de Rita, la hermana más pequeña de Pino. El *Seis de Copas* ya no le atrae; sólo lo visita de tarde en tarde, cuando el *San Rafael* permanece mucho tiempo en puerto.

Un parto infeliz dejó viudo al patrón e inconsolable a don Enoch, que tan a gusto se hallaba junto a la inquilina de la calle Real. Los consejos del *amo* comenzaron a romper en el ánimo de Roque como las olas en el casco del *San Rafael*:

—Cásate hombre, que la mar es dura y desamorable; que vale más la carne que el pescado; que te lo digo yo, que soy cocinero viejo. ¡Que los pobres que no tienen hembra son dos veces pobres! Nadie te criará mejor al niño que tu cuñada Rita. Cásate, que aquí estoy yo para echarte una mano.

Hubo boda. El rumboso padrino vio a los pocos días cómo soltaba amarras el velero y cómo, poco a poco, se desdibujaba en el horizonte. Era otra vez hora de ir a la calle Real a entretener a la recién casada. La sorprendió extendiendo sobre el catre sábanas limpias.

En una población de corta estatura como Las Palmas de entonces, no podían permanecer ocultos los trapicheos eróticos de persona tan conocida como Enoch Corvo. Alguien se creyó obligado a hacerle una amistosa amonestación. Su respuesta no fue ni brava ni desabrida, se concretó a preguntar:

—¿Tú te has fijado bien en Rafaelita?

La esposa, en el alto fanal de la tienda, se iba secando y arrugando como los higos pasados que importaba de la villa de Valverde.

Corvo aprovechó los primeros años del matrimonio, cuando aún no se habían marchitado del todo los parvos encantos de su mujer, para procrear a Sebastiana, muerta en la niñez, a Pino, a Chano y a Rafaela. En la vida familiar dijo siempre la última palabra doña Rafaela. Al padre, por zalamero, simpático y dicharachero, le querían mucho y hasta le disculparon las cotidianas infidelidades.

No podemos componer con veracidad el perfil humano de Corvo coleccionando únicamente aventuras eróticas; fue sin duda un amador infatigable y a este hermoso quehacer dio preeminencia, pero también hizo otras cosas de provecho.

Con motivo de la desamortización de los bienes del clero secular y de las Ordenes religiosas se creó el cargo de Admi-

nistrador de los Bienes Nacionales, que tenía por cometido la conservación y adecuada explotación de los mismos hasta su venta en pública subasta. Este destino público lo desempeñó muy eficazmente Corvo durante algunos años. También, en estrecha colaboración con el Dr. D. Domingo Déniz Grek y don Cayetano Lugo, intervino en el gobierno del Hospital de San Martín, logrando entre los tres sacarlo del estado de enorme postración económica y abandono material en que se hallaba.

Otra ocupación, a la que no renunció mientras tuvo un poco de coraje, fue la de vigilar la labranza de sus fincas. Cabalgando en una mula tranquila y acompañado de su espolique iba a las tierras de Doramas para la siembra del trigo y del alcacel, para el plantío de las papas y del millo. El viaje era largo, fatigoso; casi nunca lo realizaba de un tirón en la misma jornada. Unas veces se detenía en Arucas, donde pasaba la noche en su finca de *Los Algarrobos*, en el Trapiche, y luego, al romper la mañana, iniciaba la subida a la Montaña. En otras ocasiones el descanso era en Teror, en su casa de la plaza, continuando la cabalgada a Moya después de haber dormido en la villa. En la *data* amplió las casas, construyó gañanías y puso en cultivo todas las tierras susceptibles de ser trabajadas.

Don Enoch está ya más sordo que una tapia. Alguien ha entrado en el patio de su casa preguntando:

—¿Vive aquí don Enoch Sordo, que por mal nombre le llaman Corvo?

La sordera, cuando él quiere, le proporciona absoluta tranquilidad para pensar. Hoy no ocupan su mente problemas amorosos; medita en los estragos que un incendio ocasionaría en la población, no contando con otro medio para combatirlo que los baldes traídos apresuradamente por el vecindario. Tiene entonces una feliz ocurrencia y para darla a conocer se reúnen en la casa del conde de la Vega Grande.

—Es necesario que la ciudad disponga de una bomba contra incendios y creo que los comerciantes podríamos contribuir a pagarla. Luego, formaríamos una compañía de Bomberos Voluntarios para acudir a donde hiciera falta.

La idea les parece acertada a los reunidos, se acuerda designar una junta, presidida por el conde, y escribir a Inglaterra demandando características y precios de las máquinas. Al año llega a puerto el artefacto y según *El Omnibus* "...¿? bomba, con todos sus útiles, ha costado 71 libras (6.700 reales); tiene la fuerza de 12 hombres; la columna de agua se eleva a 60 pies y arroja 708 litros de líquido por minuto..."

Los buenos propósitos de crear un grupo de voluntarios para servir la bomba no pasaron de proyecto. Una tranquila noche de septiembre se despierta sobresaltado el vecindario al escuchar las campanas tocando a fuego; está ardiendo la casa de comercio de don Juan Rodríguez, en la calle de Triana. Se saca la máquina inglesa y, sin pérdida de tiempo, se la coloca frente al edificio en llamas pero nadie sabe cómo funciona; mueven una y otra palanca y la bomba permanece como dormida; para mayor desgracia las instrucciones están redactadas en inglés y el señor Swanston no se encuentra en la ciudad. La casa se consume sin remedio hasta quedar convertida en un gran solar.

Los años pasan y las energías merman. Poco a poco Enoch Corvo ha ido desentendiéndose de sus cómodas ocupaciones. Al morir la esposa, en 1898, reúne a los hijos y, generosamente, les entrega la totalidad del patrimonio de ambos, reservándose él una insignificante renta para los gastos elementales. Ahora llena los días con lecturas y solitarios; por las mañanas se sienta en la puerta de la tienda para calentarse al sol y para ver pasar a las mozas, a las que todavía piropea. Muere a los 85 años mezclando rezos con bromas. Sus postreras palabras fueron:

—Hijos, este *San Rafael* se va a pique...

III

GOZO POR UNA VIDA Y DOLOR POR
SEIS MIL MUERTOS

Por *Chano Corvo* le conocía la ciudad entera, de una a otra de sus portadas; pero sus nombres y apellidos completos eran Sebastián María de los Remedios Víctorio González Corvo de Quintana. Al reunir hoy en estas páginas los recuerdos de su vida resulta más veraz utilizar el nombre familiar y cariñoso de *Chano* y no los que figuran en la partida de bautismo, usados únicamente en las ocasiones solemnes de su vivir, que fueron siempre las menos.

En este 24 de diciembre de 1850 se celebra con júbilo en la casa de la Peregrina un doble nacimiento: el de un Niño que lleva por nombre Jesús y el de otro que se llamará Sebastián, Chano, como su abuelo materno. De las alturas de Doramas han llegado ya las mulas con la olorosa carga de la retama blanca, del lentisco y del romero; un cestón repleto de helechas y otro rebosando de musgo. Al fondo del cuarto de costura se han juntado mesas y, sobre esta plataforma de urgencia, como por efecto de una convulsión geológica, surgen montañas, valles, cuevas y caminos de papel pintado. Figuritas de barro, modeladas en Teror, toman por asalto el paisaje y lo cubren de anécdotas: la moza que lava la ropa en el barranco; el hombre que corta leña y la amontona en haces; el niño que rompe un cántaro en la fuente; la vieja hilandera que trabaja a la entrada de la cueva; el pastor que conduce un nutrido rebaño de ovejas; el clérigo, bien arrebujaado en el manto y cubierta la cabeza con descomunal sombrero de teja, que camina hacia el pesebre para adorar al recién nacido, porque los

curas deben ser los primeros en hacer los cumplidos a la sacra familia. Esta piadosa fantasía la crea y ordena don Francisco de Asís de Santa Rosa de Lima de Quintana y Cardoso (1815-1861) pintor mediocre que decoró el camarín de la Virgen del Pino con unos murales desaparecidos, sin pena ni gloria, en 1937. El tío Paco, hermano de doña Rafaela, clérigo frustrado, sería el preceptor de Chano en los años de la niñez, pero de esto ya habrá ocasión de hablar más adelante.

La alcoba es hoy estrado. La parentela y las amistades entran y salen en ella sin cesar, como si se tratara del jubileo de la Porciúncula. La parturienta, rechupados los carrillos, amarilla la tez, descansa en la cama bajo el dosel que cae en ondas a manera de generoso conopeo. A cambio de los parabienes reciben las visitas una copa de vino generoso con bizcochos lustrados; por la tarde se las obsequia con chocolate. Las vírgenes Corvo, con el pico alegre por el infrecuente copeo, hacen aspavientos al recién nacido y luego, en el cuarto de costura, cantan villancicos al Niño Jesús. Para festejar este doble natalicio han hecho las tías bandejas de pasteles de carne y mazapanes grandes, como quesos de flor.

El pecho robusto de un ama de cría, apalabrada en la Montaña, reemplaza los senos vacíos, estériles de la madre. Cuando la moyera amamanta al infante mueve Corvo los labios con la misma avidez que su hijo; la esposa le mira resignada y le pregunta:

—¿Estás rezando, Enoch?

Para el padre no es éste el primer hijo varón; por detrás de la Iglesia ya tenía uno, pero siempre lo ha considerado más de la madre que de él; en cambio, el que ahora mordisquea el pecho campesino, será objeto de sus preferencias y a su lado estará, como padre y amigo, en las horas de congoja para fortalecer el decaído ánimo.

La retama y el lentisco se han marchitado; el musgo ya no cubre los picachos de papel; la lavandera, el leñador y el

cura abandonaron la plácida campiña y se han refugiado en el más alto y oscuro rincón de una alacena. A la Navidad le sucede ahora la algarabía en falsete del Carnaval; las sábanas con las que se cubren las mascaritas más parecen sudarios que disfraces; las calles blanquean de fantasmas que chillan y arrojan huevos rellenos de confeti: ¡un año reuniendo cascarones para bombardear con ellos a los paseantes...! Como cada ciclo festivo tiene su peculiar repostería, doña Remedios y doña Pepita traen a la casa torrijas y buñuelos bien rociados con miel de caña y un hondón de arroz y leche.

El Carnaval es corto y, en cambio, la Cuaresma es larga y fastidiosa; los ayunos son muchos, los sermones interminables, los triduos y novenarios propicios al sueño; la Bula se vende como pan bendito. El remate de tanta austeridad es la Semana Santa, en que la vida se paraliza para conmemorar mejor la muerte de Cristo. Doña Rafaela acude a todo; Corvo se ha ido de pesca.

Los días, las semanas pasan rápidamente; cada vez está más cerca el mes de junio. Las fiestas del San Pedro de abril, con pendón, turroneos y fuegos artificiales llegan y, también, se van. Junio se aproxima y nadie pierde el sueño, nadie sospecha que el dolor y la muerte rondan por fuera de las puertas de la ciudad.

Al finalizar mayo muere una mujer en el barrio de San José, después de haber lavado la ropa que le dejó el tripulante de un barco procedente de La Habana; su nombre no lo olvidará jamás la isla, se llamaba María de la Luz Guzmán. A los pocos días fallecen, en las inmediaciones de su casa, un sacristán y una costurera, un niño y un barbero. La muerte salta desde aquí a los *riscos* de San Nicolás y de San Lázaro; el 5 de junio de 1851 los médicos reconocen, consternados, que el cólera ha invadido la población de Las Palmas. Chano Corvo acaba de cumplir cinco meses.

Huir, huir de la ciudad apestada, y cuanto antes mejor, es lo que deciden miles de personas aterrorizadas por los estragos que está causando la epidemia. Con apresuramiento se ponen en marcha llevando consigo tan sólo lo más perentorio y portando, sin saberlo, el vibrión colérico, que se propagó así por toda la isla como llama que cabalga sobre el rastrojo. Cuando comenzó el mal tenía la población 10.569 habitantes; a los cuatro días quedaban en ella menos de la mitad, los demás se habían desperdigado por caminos y veredas en busca de cualquier refugio solitario; el hombre huía no sólo de la ciudad sino también de sus semejantes. La diarrea, los vómitos, la sed, el hipo, los calambres asaltaron a cientos de caminantes antes de alcanzar la meta; derrumbados a la sombra de cualquier árbol recibieron la muerte con la desesperación de su sostenida lucidez.

El pánico acelera, y también entorpece, los preparativos de marcha en la casa de la Peregrina; el matrimonio Corvo escapa hacia la Montaña de Doramas, donde confía encontrar protección contra el contagio. En el patio están las bestias para que se acomoden en ellas los pequeños y las mujeres; un camello carga en la calle con la ropa y los víveres; las caballerías para los hombres esperan ya junto al castillo de Mata. Don Enoch cierra puertas y las asegura con la taramela; en la casa quedará Estupiñán, el criado, para guardarla mientras dure la ausencia de los amos. La comitiva no es corta: doña Rafaela y sus hijos Pino y Chano; el ama de cría, a la que todos miman para que no se le retire la leche con el susto; las tías Corvo, que llevan un cuadro de San Roque, abogado contra la peste, y muchas reliquias milagreras; Encarnación, la criada, comodín de la señora; una preñada, la mujer de Diego de Quintana, que dará a luz en la Montaña; los hombres de la familia, que aparentan tranquilidad y les flaquean las piernas. Al cerrar la puerta de la calle promete Estupiñán:

—Si el andancio no me tumba aquí me encontrará *sumercé* cuando vuelva.

Antes que amanezca ya doblan la esquina de Malteses con el mayor sigilo; sus voces contenidas no pasan de susurros para evitar que suban hasta las casas vecinas: no quieren compañeros de viaje y, además, han tenido que pagar a los arrieros precio de *peligro de muerte* para conseguir las bestias indispensables, y ni una más. Hasta que no rebasen el castillo de Mata permanecerán apagadas las velas de los faroles; así el silencio y la oscuridad envuelven la escapada.

La recua de los que huyen avanza despaciosamente porque los caminos están infernales, pero eso sí, no se detiene ni un momento. Al cruzar Tenoya todos se llevan a la boca los pañuelos humedecidos con alcanfor, para combatir los *miasmas ponzoñosos* esparcidos por los coléricos, muy numerosos en el pago. En Arucas ni siquiera entran; bordean con precauciones el pueblo, porque la mortandad es grande, y siguen hasta la casa de *Los Algarrobos*, en el Trapiche, donde ya les esperan.

Durante la breve parada buscan con ansiedad la sombra de la galería y allí mismo comen alguna cosa, poco y de mala gana porque el susto les tiene encogida la tripa. El mayordomo cuenta y cuenta sucedidos de Arucas; por momentos crece el amilanamiento de todos. Se enteran que Domingo Déniz, el gran amigo y médico del pueblo, ha contraído el mal; que cada día las diarreas se llevan diez y doce personas; que no hay víveres; que las campanas de la parroquia de San Juan doblan ellas solas.

El relevo de las caballerías ya está dispuesto. Ahora doña Rafaela, con Chano en el regazo, irá, como de costumbre, en silla de mano hasta la Montaña. La alicafda comitiva se pone de nuevo en marcha y no parará hasta llegar a Doramas con las últimas luces del día. Así, en ocasión tan amarga, se produjo el primer contacto del infante Corvo con las tierras moyeras.

Lo primero que hacen al pisar la casa es colgar en el comedor el cuadro de San Roque y encenderle lámparas y velas. Luego se ponen todos a preparar cena y camas porque el hambre es mucha y los cuerpos están molidos del zangoloteo de una tan larga cabalgada. Sin embargo, antes de que el sueño les rinda se hincan de rodillas y, dirigidos por las exclaustradas, comienzan a rezarle al señor San Roque. Ellas, con la voz gangosa de las salmodias corales, van desgranando los *gozos* al santo y todos contestan:

—Antídoto eres divino
contra epidemias fatales,
libranos de pestes y males
Roque Santo peregrino.

Hasta Enoch, postrado en el suelo, tiene los ojos fijos en la estampa iluminada. Las orejas del cólera le han asustado de tal manera que desea, al menos de momento, olvidar las pasadas liviandades; ni siquiera para atención en los senos generosos del ama de cría que a su lado reza.

Con el nuevo día despierta muy activo el antiguo sargento voluntario de la Milicia Nacional. Se ha trazado un plan para defenderse contra el cólera y lo pone en práctica desde las primeras horas: el centinela de turno impedirá la entrada en la finca a cualquier persona, ya sea extraña o conocida; tampoco se traerán alimentos de afuera; en la despensa, en el granero, en el alpendar, en el corral y en las huertas hay suficiente comida para *resistir* unos meses; al manantial de *los pajaritos*, de donde se abastece la casa, se le levantará en derredor una pared de piedra seca para evitar que se acerquen a él los animales vagabundos; dos veces al día se encenderán braseros para sahumar la casa con una mezcla de espliego, almáciga e incienso. La finca queda como plaza sitiada, que ha de sobrevivir con sus propios recursos. El miedo ha convertido a los componentes de la familia Corvo en insolidarios; no piensan sino en escapar con vida de la tragedia; el prójimo, que se las arregle como pueda.

La muerte no logra traspasar la tupida cerca de vigilancia establecida en la finca; en cambio, una nueva vida estalla jubilosa el día 13 de julio, en que nace Domingo de Quintana y González Corvo, sobrino, por partida doble, de los cónyuges Enoch y Rafaela. El suceso se interpreta en el *b/ocao* como feliz augurio de que todos los allí congregados podrán contar la peripecia que están viviendo.

El torbellino de la epidemia se llevó en su furia a 244 vecinos de Moya; el último fallecimiento se registró el 29 de julio. En la ciudad de Las Palmas también fue cediendo el fuego del contagio hasta extinguirse totalmente el 6 de agosto. La isla, al sumar a sus muertos, quedó espantada: se acercaron a los seis mil.

Pasada la festividad del Pino se decide el regreso a la capital; la alegría de esta familia, en marcha hacia la esperanza, contrasta con la amargura de lo que encuentra por los caminos. Durante el viaje las amas cuidan de los infantillos y las tías Corvo del cuadro de San Roque, nombrado protector de la casa a título perpetuo.

Estupiñán no estaba en su sitio cuando llegó la comitiva a la calle de la Peregrina; alguien más fuerte que él le había tumbado para siempre. El contento de todos quedó empañado por la desaparición del viejo servidor. Puesta la casa en orden se abrieron de nuevo las puertas de la tienda; los parroquianos, después de contar lo ocurrido en sus casas, se llevaban varas y más varas de telas negras para el luto, para envolver con ellas el dolor durante tres o más años. Doña Rafaela, en poco tiempo y a buen precio, liquidó todas las existencias.

IV

HISTORIAS PARA UN ESCOLAR APLICADO

Llega para Chano la edad de aprender y a su lado se pone don Francisco de Quintana para enseñarle letras, números y rezos. El preceptor había estudiado en el Seminario de Las Palmas casi toda la carrera eclesiástica, y hasta le fueron conferidas algunas de las Ordenes, pero una salud precaria le hizo abandonar la clerecía. Desde entonces la casa de su hermana Rafaela fue su casa; en la azotea manda fabricar un extenso estudio donde se le van las horas; en él lee, escribe, pinta sin que otras ocupaciones le atraigan ni le distraigan. Pero desde que el párvulo pudo trepar hasta el refugio del tío Francisco y revolverlo todo, el sosiego y el orden de aquella estancia desaparecieron para siempre y no a disgusto del preceptor, que le veía entrar complacido. Al niño le era difícil darse cuenta de cuándo terminaba la clase y en qué momento comenzaba el rato de esparcimiento, pues don Francisco tenía el carisma de la amenidad. Esos años, pasados junto al pariente y maestro, los recordará Chano a lo largo de toda la vida, porque en ellos fueron brotando y matizándose los gustos, las aficiones, las preferencias que configurarían luego su mundo interior. El pequeño discípulo, despierto, vivaz, poseía una sensibilidad no común que supo descubrir y encauzar el tío Paco: ese fue su mérito. El le inició en el amor y conocimiento de la Naturaleza, y de aquellas nociones de Botánica, sencillamente explicadas por los caminos de Doramas, surgiría el experto cultivador de especies bellas y extrañas; el jardinero que se hizo un vergel, en el lugar más recóndito de la isla, para su íntimo recreo.

Ni don Francisco fue un dómine pedante ni Chano un pequeño resabidillo. No siempre estaban examinando la raíz, el tallo y las hojas de una planta o leyendo las fábulas, en verso castellano, compuestas por don José María Samaniego; muchas veces el tema de la plática eran las genialidades de un don Carlos de Quintana, capellán en la parroquia de Teror y mayordomo de Fábrica hasta 1839, en que falleció. Chano disfrutaba de lo lindo oyendo contar las andanzas de este pariente que, amparado en la sotana que vestía, apartaba de sí en muchas ocasiones cualquier sospecha de culpabilidad. Vale la pena que recordemos algunas de sus zascandiladas.

El reverendo Carlitos, como era llamado por su familia, estaba siempre en una perpetua inquietud; la poltrona no iba con su carácter atolondrado. Si se le ocurría alguna diablura la ponía en práctica, sin pensar en las consecuencias. A cierta persona que le hizo un desaire le envió de regalo, por la Navidad, una bandeja de pasteles rellenos con dulce de cabello, pero no sin antes separar las tapitas de hojaldre, escupir dentro y volverlos a tapar cuidadosamente. Cuando el receptor de tan delicado obsequio le dio las gracias, a la puerta de la iglesia, él le contestó:

—Mucha saliva gasté explicándole a la cocinera la receta de mi abuela doña Andrea, que en paz descanse.

En septiembre, con las romerías a la Virgen del Pino y los regocijos plácidos, era cuando desplegaba más actividad el reverendo Carlitos, en detrimento del prójimo. Entonces se acostumbraba a colocar los braseros a las puertas de las casas y allí, al fuego lento del carbón de pino, cocían las vecinas el potaje. El capellán, muy compungido, pasaba una y otra vez ensimismado en sus oraciones y, cuando las pillaba distraídas, enriquecía el condumio agregándole una rana, unas piedras o unos cuantos erizos recogidos en el castañar próximo. Otro de sus divertimientos consistía en echarse por la noche a la plaza llevando, oculto bajo el manteo, un gran trisfel cargado



Autorretrato de don Francisco de Quintana (1815-1861),
preceptor de Chano Corvo

de orines añejos, y sembrar luego la confusión entre los peregrinos rociándolos con malolientes jeringazos.

La más grande de sus barrabasadas la perpetró al anochecer de un 7 de septiembre. La plaza de Teror, a esas horas, tenía reboso de nativos y forasteros; asomada al balcón de la casa del reverendo Carlitos estaba la sirvienta, con los ojos mozos cargados de desconsuelo porque no podía bajar al rebullicio callejero: el distraído capellán no recuerda dónde ha dejado la llave de la puerta. Ella lloriquea y él la consuela ofreciéndose a descolgarla por el balcón; enseguida aparece una gran cesta de pírmano, una soga y el criado de la casa para colaborar en el esfuerzo. Entre los dos colocan a la muchacha dentro del cestón y, poco a poco, lo van bajando ante la expectación y los aspavientos de la concurrencia. Cuando se halla a media altura el reverendo da muestras de fatiga y decide retirarse a su aposento a descansar, dejando bien anudada la cuerda en el antepecho del balcón; el péndulo humano, entonces, chilla, llora, clama, suplica hasta que un alma caritativa acerca una escalera y saca de su encierro aéreo a la afligida moza. A la mañana siguiente el obispo don Manuel Verdugo llamó al palacio de verano de la Alameda al clérigo bromista para calentarle bien las orejas.

Pasados los años, cuando la mocedad de Chano estaba ya lejos, pudo enterarse de las disposiciones testamentarias del reverendo Carlitos, tras las que se adivinan unos amores que el clérigo desea ocultar y que, al mismo tiempo, no quiere olvidar. En su postrera voluntad, que comprende seis folios del protocolo del escribano don Manuel Sánchez, correspondiente al año 1839, hay una designación de heredero concreta, pero al mismo tiempo innominada: los bienes se dejan a persona cuyo nombre no aparece citado en ningún lugar. El testador manifiesta: "...que lo que sobrare —después de atender determinadas obligaciones— mando que lo tome mi hermano don Sebastián Lorenzo de Quintana para que lo entregue al sujeto que le tengo comunicado, para que lo goce...". Fue el suyo un

testamento de confianza, que entonces se utilizaba como fórmula discreta de reparar faltas, sin el sonrojo que lleva consigo el tener que sentarse a escribir intimidades, a narrar pecados, o pecadillos, a la posteridad. Quizá ese desconocido *sujeto*, beneficiado con el patrimonio del reverendo Carlitos, pudo ser el hijo habido con la moza que dejó suspendida dentro del cestón aquella víspera del Pino.

Otras veces el personaje que salía a relucir en las conversaciones era don Marcial Agustín de Quintana, hermano del reverendo Carlitos y también cura como él, pero con los cascos sentados, virtuoso, prudente. Partió hacia las Indias de S.M. a predicar el Evangelio entre los tehuelches y un buen día fue hallado muerto con una flecha hincada en la frente; lo cazaron como si se tratara de un guanaco. La familia le tenía por santo; cuando se le nombraba rezaban un Padrenuestro, repitiendo luego a coro:

—Tío Marcial, ruega por nosotros.

Desde hacía años estaba comprometido don Francisco a pintar unos murales para el camarín de la Virgen del Pino, ya que era la única dependencia del magnífico templo que desentonaba del conjunto por su extremada sencillez. Llegó el momento de acometer la obra y le dijo a Chano:

—Tenemos que preparar nuestras cosas porque tú y yo nos vamos unos meses a Teror; te llevaré de ayudante para que limpies los pinceles y ya verás los capirotes que caerán en la *jiñera* grande.

Como pintor era mediocre; su buena voluntad aventajaba con mucho a su pericia. Quintana desarrolló en los faldones de la artesa del techo, recubiertos de cielo raso, los *Frutos del Espíritu Santo* enmarcándolos en doce medallones de gusto neoclásico; en las paredes se imitaban consolas, rematadas de grandes jarrones, hornacinas, estatuas, mucho mármol y mucho jaspe de pincel, todo en el mismo estilo. Esta poco feliz deco-

ración desapareció en 1937, cuando se realizaron las obras del actual camarín.

El 19 de diciembre de 1861, mientras desempolvaba las figuritas de barro para colocarlas en el Nacimiento se sintió el tío Francisco repentinamente enfermo; Chano salió despavorido en busca de su madre, cuando regresaron ya estaba inconsciente, expirando al poco rato. Desde ese instante dejó Chano de ser niño. Con el tío Paco se fueron muchas cosas: las amenas lecciones, sin rigores pero eficaces; los paseos a las playas y al campo; las lecturas comentadas; las visitas a las iglesias, para oír a los predicadores de campanillas; las confidencias y el constante pregunteo; todo lo que había contribuido a su primera instrucción, a modelar su joven espíritu.

En adelante su vida escolar va a cambiar totalmente; las clases ya no serán para él sólo ni tendrán la agilidad y el informalismo que les daba el entrañable maestro desaparecido. Lo que le espera es un aula con quince, con veinte alumnos y sobre la tarima del fondo un desconocido que explica, que pregunta, que castiga y que pocas veces recompensa. Esto, al menos, es lo que le dice un amigo que está estudiando en el Seminario. El no se puede dar cuenta de lo que le va a beneficiar la enseñanza colectiva; le ha de costar un poco acomodarse a ella, porque dejará de ser el niño mimado, el varoncito de la casa, para convertirse en un estudiante más del montón.

Por el Seminario de Las Palmas han pasado muchos hombres excepcionales, que jamás pensaron ser curas. En una determinada época —desde que fue creado, en 1777, hasta que López Botas fundó el Colegio de San Agustín, en 1844— era el único centro de enseñanza al que podían acudir los preteridos habitantes de Gran Canaria, deseosos de ilustrarse. Allí estudiaron D. Domingo José Navarro, D. Antonio López Botas, D. Juan Evangelista Doroste, D. Domingo Déniz Grek, D. Ignacio Pérez Galdós, D. Amaranto Martínez de Escobar, D. Gregorio Chil y Naranjo, etc.

Sin ningún entusiasmo dirigió Chano sus pasos al viejo caserón del inquisidor Romero, junto a la iglesia de la Compañía, en el que estaba asentado el Seminario. Los jesuitas lo habían abandonado en 1767, cuando Carlos III firmó su expulsión, pero volvieron en 1852 llamados por el obispo don Buenaventura Codina, que deseaba elevar el nivel intelectual y religioso del centro.

El muchacho encajó con prontitud en el nuevo ambiente escolar. Para su época fue una institución dinámica encomendada a profesores procedentes, unos de la Península y de Francia e Italia, otros. Allí encontró un observatorio meteorológico, el primero de Gran Canaria, que dirigía el P. Tizzano, el cual, por mirar más al cielo que a los peldaños de las escaleras, tuvo caídas aparatosas; el más completo gabinete de Física de todo el Archipiélago; un herbario y una colección de minerales que trajo de Italia el P. Frangipani; una banda de música con instrumental muy completo y bullanguero, cuyas tocatas se oían desde el puente del obispo Verdugo; un grupo teatral especializado en secuencias sobrenaturales: tentaciones, éxtasis, apariciones y otros mil prodigios, que puso en escena, en 1862, *El martirio de San Agapito*, interpretando el papel principal el niño Santiago Tejera Ossavarri. Dos maestros acaparaban la curiosidad de la muchachada estudiantil: los padres Vicenti y Lopresti. Del primero se decía que, cada vez que se postraba a orar, una fuerza sobrenatural lo iba levantando del suelo hasta dejarlo suspendido en el aire como una cometa. Los chicos se arremolinaban, llenos de curiosidad, delante del ojo de la cerradura de su celda para ver el prodigio. Chano, un poco picado, les decía:

—Las moscas vuelan porque tienen alas, pero este cura no tiene en la espalda nada más que las paletillas; el santo de verdad fue mi tío Marcial, al que mataron los indios de un flechazo.

El otro profesor singular que conoció Chano fue el padre Lopresti. Se había doctorado en Medicina en Italia y allí ejer-



Doña Rafaela de Quintana con sus tres hijos: Chano, Rafaela, esposa de don Salvador Cuyás y Prats y María del Pino, casada con don Agustín Alzola y Martín - Fernández.

ció la carrera hasta su ingreso en la Compañía. Al venir luego trasladado al Seminario de Las Palmas, los médicos locales le consultaban los casos difíciles, reconociendo su sólida preparación. Cierta día el doctor don Domingo José Navarro llevó a la consulta del jesuita a su propio hijo, José Navarro Torrens, que padecía una fuerte depresión nerviosa. En un momento de descuido el enfermo se disparó un tiro, falleciendo en el acto. El escándalo fue de tal magnitud que al médico-jesuita lo trasladaron sin tardanza.

La consecuencia inmediata del destronamiento de Isabel II, por los revolucionarios septembrinos, fue la expulsión de los jesuitas de nuestro Seminario; así lo acordó la Junta Superior de Gobierno de Las Palmas, reunida en asamblea magna. Los padres abandonaron la casa el 8 de octubre de 1868; su marcha significó un descalabro para el Centro, que tuvo que llamar a profesores sin ninguna experiencia docente. Chano, cumplidos los dieciocho años, deja también el Seminario para ponerse a trabajar junto a su madre. La tienda de la Peregrina va a ser, en adelante, aula mercantil para el joven Corvo. El quehacer no le agrada, pero como es el único hijo varón ha de imponerse en los negocios de doña Rafaela. La quincalla, la loza, los tejidos pesarán mucho en esta segunda etapa de su vida.

V

SIEMPREVIVA

Cuando le preguntaban a Chano la causa de su despego por el substancioso negocio del que le hizo donación su madre, respondía siempre sonriendo:

—No nací para mercachifle.

Pasarse las semanas, los meses dentro del alto fanal de la tienda, sentado ante unos libros en los que se ha de reflejar el vaivén de la caja, le aburría sobremanera. La madre, poco a poco, le va enseñando las reglas y también las triquiñuelas y las picardías en uso detrás de un mostrador; le da noticias minuciosas de cómo marchan las haciendas de los que entran a preguntar por un artículo, a solicitar un préstamo o a concertar una compra a crédito; de quiénes puede fiarse y a qué otros ha de someter a cuarentena prolongada, que para todo esto era doña Rafaela de una agudeza nada común.

El áspero aprendizaje tiene como compensación alguna que otra salida a las demás islas en el velero *San Rafael*, donde, a pesar de las condiciones espartanas en que se desarrollaba la vida a bordo, era atendido por el patrón, *mestre Roque*, con las toscas exquisiteces a su alcance. Estos primeros viajes le muestran la faz de las otras tierras del Archipiélago, tan próximas y tan distintas unas de otras. Santa Cruz de Tenerife y Arrecife no le agradan porque allí hay algunos Corvo y Quintana que lo conturban con tantos agasajos; prefiere visitar La Laguna y sobre todo La Orotava y el Puerto, donde se encuentra muy a gusto siempre, alejado de la parentela. El

primer contacto con el Jardín de Aclimatación tinerfeño le deslumbra y le subyuga; todo lo mira y lo pregunta. Conoce al botánico Hermann Wildpret y de él recibe valiosas enseñanzas sobre las peculiaridades de la caña de Indias, del almendro pérsico, del arrayán de Ceilán, de la mimosa púdica, de la tunera negra, de la higuera del Japón, de los hibiscos, las begonias, los gladiolos y otros muchos árboles y plantas aún poco conocidos en Canarias. Aquellas explicaciones sencillas, elementales del tío Francisco, ya lejanas, le han servido ahora para comprender los comentarios divulgadores del científico alemán, y cada vez se agranda más en él el deseo de convertir las tierras altas de Doramas en un bello jardín.

También por estos años entra la Música en la casa de la Peregrina de mano de don Luis Rocafort. Chano le había conocido en el Seminario, enseñando Solfeo y le ha pedido que les dé clase a sus hermanas y a él.

Rocafort tuvo fama de extravagante. Se hizo construir una casa en las solitarias lomas del barrio de San Roque, cuya fachada reproducía el órgano de la catedral de Las Palmas, que él tocaba a diario. La *Casa de los picos*, durante muchísimos años, fue curioso ornato de la ciudad y vigía del Guiniguada. Para ir y venir desde su lejana y extraña mansión al templo catedralicio utilizaba un quitrín, tirado por un caballejo blanco, que por su tamaño más parecía juguete que corcel de fundamento; su sombrero, en cambio, era tan descomunal que casi cubría al jamelgo, al coche y, desde luego, al conductor.

El organista, como buen catalán, muy persuasivo, procuraba vender a sus alumnos métodos, partituras y los más variados instrumentos musicales. A la familia Corvo le encajó un precioso piano vertical, de caoba, que en su parte alta tenía tres medallones calados sobre fondo de seda carmesí y, a sus lados, unos historiados candelabros de bronce. Se le colocó, con todos los honores, en la sala grande pensando en los bailes de Carnaval y del domingo de Piñata. Esta pieza generosa ocupaba todo el frontis de la casa. Su decoración era solem-

ne: la sillería, el sofá, los espejos dorados y las consolas habían sido traídas de Francia por doña Rafaela. Sobre las consolas y delante de los espejos, para que se reflejara en ellos la luz, los velones de porcelana, de pie alto, con ornamentación en rojo, azul y oro y miniaturas en el centro del vaso. Cuatro esquineros de caoba y mármol sostenían ramos de flores, de hechura monjil, protegidos por panzudos fanales. En las paredes, los cuadros del tío Francisco: abadías en ruinas, escenas pastoriles, paisajes de abundante vegetación y tranquilas aguas; el retrato de su madre, con un devocionario medio cerrado en la mano y su autorretrato. La tapicería en negro de los muebles y la seda roja de las cortinas le daban al salón un aspecto lóbrego; impresionaba de tal manera que Chano, siendo niño, no iba solo a él.

De los tres hermanos la mejor dotada para el piano fue Pino y por eso era la que animaba con sus valeses y polkas, interpretados con mucha expresión, los bailes familiares. Don Enoch tenía asignado en estos saraos un cometido importante: se colocaba en lo alto de la escalera para identificar minuciosamente a las máscaras, e impedir el paso a aquellas no gratas que pretendieran participar del baile y sobre todo del refresco. Jamás dijo quién era quién, con lo que las reuniones no perdían la intriga que provoca una careta o un antifaz.

Los Corvo disfrutaban abriendo las puertas de la Peregrina a la parentela y a los amigos. Las familias más asiduas a sus reuniones eran la de Navarro Sortino, vecina en la acera de enfrente y la de Quesada, con casa en la Alameda. Las tres niñas de Navarro Sortino, a pesar de su belleza y de sus caudales, murieron solteronas. Una de ellas acostumbraba colgar, junto a la ventana de su habitación, la jaula del canario; pero antes de desnudarse la cubría con un púdico velo para que el pájaro, inquieto mirón, no la viera en paños menores; luego lo contaba con la mayor naturalidad a los reunidos en la sala...

Los Quesada no faltaban nunca a la tertulia nocturna de Corvo. Desde que oscurecía bajaba la comitiva familiar por la calle de los Malteses, precedida del criado con un farol. El grupo lo formaban las tres hijas: Concha, Lola y Pino; el padre, don Manuel de Quesada; la madre, doña Pino y sus hermanos don Domingo y doña Concha Déniz Grek. El comedor de la Peregrina, espacioso, con sus alacenas hondas, la gran mesa alargada, las acuarelas del tío Francisco adornando los muros, era el lugar de esta reunión cotidiana. En torno a la mesa, formando dos grupos, se sentaban los mayores y las jóvenes; aquéllos, para jugar a la brisca o a la napolitana; éstas, para hablar mucho y, a ratos, trabajar en la labor de bolillos o de croché. Chano no formaba parte de la tertulia; prefería ir al Gabinete Literario a reunirse con los amigos, hasta que un día se dio cuenta de la gracia y de la belleza de la más pequeña de las niñas Quesada, de Pino. Entonces acercó una silla y se sentó a su lado: fue el comienzo de un gran amor.

Ella ha cumplido los dieciséis años; es espigada, el pelo castaño, las carnes tostadas, oscuros los ojos. El tiene veintisiete. Las dos familias contemplan con agrado el noviazgo y pronto comienzan los preparativos para que la boda se celebre al siguiente año. Todo cambia para Chano; hasta su trabajo en la tienda le ha de parecer en adelante agradable al aceptarlo como el suelo en que se apoyará su felicidad. Encarga muebles y dispone reformas en la casa que su madre le ha cedido en la plaza de San Antonio Abad, junto a la ermita; este edificio, con ligeras modificaciones, es hoy convento de una Orden religiosa.

En el caserón de los Quesada jamás se ha trabajado tanto; todo él está convertido en taller de costura, donde se corta, se cala, se borda sin sosiego. Las tres hermanas han decidido casarse en este año de 1878 y, como dice su madre, tres ajuarés no se preparan de ahora para después. Lolita tiene veintitrés años; diecinueve, Concha y diecisiete la novia de Chano. Cada día vienen costureras a ayudar a las niñas y aquellas



Chano Corvo y María del Pino de Quesada y Déniz en los días felices de su breve noviazgo

labores más primorosas se las dan a hacer a las pupilas de San Martín. La primera que se casa es Concha, que lo hace el 28 de mayo con Manuel González Avilés; tres días después se celebra el matrimonio de Lola con Santiago Tejera Ossavarry y se aplaza hasta noviembre el de Pinito con Corvo.

Las bodas alegran, pero cansan; por eso resuelven los Quesada adelantar un poco las vacaciones de verano. A don Manuel no le gustaba abandonar la ciudad hasta pasada la festividad del Carmen. Era piísimo y disfrutaba concurrendo a todos los triduos y novenarios. A partir de julio se producía siempre como una especie de *calma chicha litúrgica* y entonces era el momento de marchar hacia Tafira, a su *Casa del gallo*. La religiosidad de don Manuel tenía su razón de ser: estuvo estudiando la carrera eclesiástica, primero, con don Gregorio Chil en Telde y luego en el Seminario de Las Palmas, desde 1825 hasta 1835. Recibió incluso algunas de las Ordenes menores; fue *familiar* de los obispos don Bernardo Martínez y don Judas José Romo, viviendo con ellos en el palacio episcopal. Luego, por una enfadina, colgó la sotana y emprendió viaje a América. La travesía no pudo ser peor; el velero fue a parar, maltrecho, a la isla de la Sal y en ella hizo de médico practicando en un solo día más de doscientas sangrías. Al llegar a Montevideo entra a prestar servicio en la casa comercial del ministro de Hacienda, D. Juan María Pérez, en la que permanece hasta 1840. En este año abandona América y se dirige a Francia para estudiar Medicina, pero no llega a concluir la carrera. En París se relaciona con los artistas españoles que allí trabajan e intima con el pintor Federico de Madrazo que le hace un retrato a lápiz, modelo de expresión y corrección de líneas. Vuelve a Gran Canaria y se casa con doña Dolores Déniz Grek, hermana del médico e historiador don Domingo, en 1847. Le va tan bien en su nuevo estado que hasta escribe a un entrañable compañero de Montevideo animándole a que se traslade a Las Palmas para que conozca a su cuñada Pino, a quien juzga esposa ideal para él. Se produce entonces la epidemia de cólera y fallece su mujer en el mes de julio de

1851. Transcurre un poco de tiempo y el amigo indiano, que al principio no había prestado mucha atención a la sugerencia de boda hecha por don Manuel, comienza a interesarse en el proyecto. Quesada se sobresaleta, lo piensa bien, se casa con su cuñada y le escribe al indiano informándole que ha llegado tarde. Así fue de inquieta la juventud del padre de la novia de Chano Corvo.

El veraneo no significó descanso en las largas sesiones de aguja; era necesario terminar el tercer ajuar y ahora se cosía en el jardín o en el corredor que mira hacia las tierras de La Calzada. Chano visitaba a Pino con asiduidad; el viaje en tartana o en charabán, con sus zangoloteos, no era nada apetecible, pero para aquel vehemente enamorado no existían baches en el camino de Tafira.

El billete que el arriero de la *Casa del gallo* le ha entregado a Chano le sobresaleta; don Manuel Quesada le dice en él: "Pinito lleva dos días con fiebre muy alta; en algunos momentos hasta ha delirado. Debes subir enseguida con don Miguel Rosa." Chano sale en su busca; es el médico de la familia desde que los achaques impidieron al tío Domingo Déniz ejercer la profesión; con él emprende viaje a Tafira. La impresión que a Rosa le produce la enferma es mala; diagnostica un tifus y le receta paños de agua y vinagre para aliviar los dolores de cabeza; vejigatorios en los brazos; lavativas, seis tomas al día de un cocimiento e infusiones de manzanilla o té para provocar la transpiración. Chano no quiere separarse de su lado y se queda a vivir en la casa. El arriero abandona los quehaceres del campo para convertirse en *correo* que llevará a la ciudad noticias para el médico, encargos para don Enoch y recetas para la botica. Van y vienen cartas, siempre breves, con esperanzas y con desalientos.

"Por una precipitación —escribe don Manuel al médico— causada por un momento de lucidez que duró apenas 15 minutos, se le escribió a V. la segunda carta, para que V. pudiera juzgar mejor, pero, pasado ese intervalo, si bien no se halla

tan mal como al romper el día, está peor, con bastante diferencia, a como V. la vio anoche. Tiene la lengua muy oscura y torpe y ha vuelto a ser necesario para levantarla ayudarle. Son las siete y el momento bueno lo tuvo cuando ya acababa de aclarar el día. Continúa evacuando insensiblemente, pero sin mucha frecuencia. A las seis tenía 125 pulsaciones en un minuto. De la bebida quedará 3 ó 4 pocioncs. Ahora está con la cara muy encarnada y aturdida, pero no nos deja coger el pulso, porque por más que se le dice sacude el brazo y callada. En un cuarto de minuto tenía 29 pulsaciones. Los brazos los tiene húmedos, pero sólo éstos.”

El doctor Rosa devolvió el pliego con la siguiente nota: “Va la misma bebida para darle tres cucharadas cada dos horas. Que los paños de agua y vinagre le cojan toda la parte alta de la cabeza y la frente. Ponerle también sinapismos en los muslos, piernas y pies, repitiéndolos, más o menos, según el estado de la cabeza.”

La hermana Lola envía a Tafira *medicinas celestiales*, de las que no receta el médico ni venden en la botica de Vernetta: “...Le mando unas obleítas del perolito de San José, para que se las den a Pinito con los medicamentos o con el alimento. Tengo también agua de Nuestra Señora de Lourdes, pero con el cochero no me atrevo a enviarla. Desde anoche a la Oración, sin yo saberlo, encendió Santiago a la Virgen de Dolores quedando encendida toda la noche y hoy también la tengo encendida. Hoy le dio Santiago medio duro a un pobre vergonzante para que pagara la casa, haciendo la caridad por la salud de Pino. Todo esto me parece que Dios ha de aceptarlo y ha de mejorar pronto a esa hermana querida...”

“...No te podemos expresar —le dice don Enoch a Chano— el disgusto y la gran pena porque ha pasado toda la familia en el día de ayer y baste decirte que se puso la mesa para tomar únicamente algunas cucharadas de sopa; especialmente a tu madre no había quien la tranquilizara...” “...Aunque escribo a las 9 no podrá salir el propio antes de las 10 de la noche

porque las medicinas tienen que demorarlo; así es que supongo llegará ahí a las 11 ½ y a esta hora se le pondrá a la enferma la primera lavativa y la segunda a las 3 de la madrugada...”

En otra breve esquela le anuncia: “...El Sr. D. Miguel me dice que ahora va a almorzar (la carta está escrita a las 8 ½ de la mañana); seguidamente tiene que hacer una operación de corto tiempo y enseguida marcha para arriba. Yo creo que hoy verá a la enferma dos veces: una a la subida y otra a la noche, cuando baje, pues seguirá para ver al Sr. D. Domingo José Navarro que está algo delicado...”

El médico no se conforma con la diaria visita a la enferma; al anochecer pide noticias a don Enoch y le da instrucciones: “A las 9 de la noche manda un recado D. Miguel Rosa para ver la referencia venida y seguidamente hace la instrucción adjunta. Van dos botellas, una con la bebida y otra con las lavativas, cada una dice lo que es. En la instrucción dice ahora don Miguel que el segundo redaño de carnero, si se le ha puesto, puede tenerlo 20 horas, pasadas las cuales se le quita, se baña en agua de manzanilla bien caliente y se le vuelve a poner. Para ello va la manzanilla necesaria con que se ha de hacer el cocimiento para bañar el redaño. Dice D. Miguel poner con frecuencia los sinapismos a las partes que indiqué antes y tener cuidado no dejarlos demasiado tiempo para evitar causar daños. Vendas o paños de agua y vinagre; aunque dice de agua sedativa es mejor lo primero, pues para poner los paños de agua sedativa se ha de tener sumo cuidado no escurra alguna gota en un ojo, porque causaría grave daño. Avisar por la mañana lo que ocurra...”

Esta correspondencia, en la que se entremezclan el cariño y las recetas, se inicia el 11 de octubre y finaliza el 20; la angustia y la esperanza quedan reflejadas en esos pliegos ya amarillentos que fueron leídos entonces con avidez para aplicar, al pie de la letra, unos remedios que hoy nos resultan pueriles, pero en los que un médico y una familia pusieron toda su fe.



D. Manuel de Quesada (1812-1884) y doña María del Pino Déniz Grek (1824-1888), padres de la novia de Chano Corvo

El 21 de octubre muere la novia de Chano. El, con las carnes secas de tanta desgana y la mirada abrillantada por las vigillas, se acerca a la cama, interrumpe a las mujeres que amortajan el joven cuerpo y, como el oficiante que recibe los votos perpetuos de una novicia, les pide que le corten las trenzas. Quiere que algo de ella permanezca para siempre a su lado, a salvo de la hediondez del sepulcro.

De la sala de la Hermandad del Rosario, en la parroquia de Santo Domingo, salió el entierro a la siguiente noche. El féretro iba sobre un trono cubierto de terciopelo negro que cargaban cuatro palanquines: ¡cuarenta y ocho reales cobraron por llevar al cementerio tan ligera carga! Los curatos de San Francisco y Santo Domingo formaban dos cabeceras y ninguno de ellos quiso estipendio. Dieciséis pobres —a dos reales por barba— portaban cirios encendidos, cuyas llamas protegían con el hueco de la mano. Diez reales para los monigotes, doce a los sepultureros y quince para la maldita cal que abrasaría sus carnes. ¡Todo quedó anotado en esta cuenta macabra!

Después, durante largas semanas, el incesante visiteo. Los amigos entraban en la sala con cara de circunstancias, pero al rato olvidaban el gesto compungido y la conversación discurría por vía no dolorosa. Se conserva la relación completa de los *consecuentes* y otra, posterior, en la que se anotan las fechas en que fueron devueltas, *pagadas*, las visitas, porque las visitas con visitas se pagan. En ellas aparecen los nombres de D. Vicente Delgado, D. Gregorio de León, D. Rafael Bello, D. José de la Rocha, D. Domingo Penichet Calimano, D. Gregorio Chil, D. Luis Navarro Pastrana, D. Sebastián Suárez Naranjo, D. José Navarro Sortino, D. Agustín del Castillo Westerling, D. Antonio López Botas, D. Vicente Ruano, D. Juan de Quintana y Larena, D. Salvador Cuyás, D. Rafael Massieu, D. Francisco, D. Pedro y D. Agustín Manrique de Lara, D. Pedro Bravo y Joven, el conde de la Vega Grande, el Arcediano, el brigadier Clavijo, el Subgobernador, todos los peces gordos de la redoma muni-

cipal. Los flacos, los pobres de solemnidad, ya habían cobrado sus dos reales por hacer de comparsas en la procesión fúnebre.

En los papeles de la familia tampoco faltan las cartas de pésame; hay guardadas varias docenas y en ellas se agradece, además, la delicadeza de haber participado el fallecimiento, lo que se hacía mediante el envío de esquelas a presentes y ausentes. Elegiremos una sola, la firmada por D. Benito Pérez Galdós:

“S. D. Manuel de Quesada. Mi distinguido amigo: estimo mucho la atención que tiene V. conmigo, participándome sus desgracias, pues ésta es quizás la forma mejor de la verdadera amistad. He leído con sentimiento su apreciable carta, y no necesito encarecerle la sinceridad con que me asocio a su pena, deseándole resignación para soportarla. Mi familia me encarga también exprese a Vd. su sentimiento por la irreparable pérdida que acaba Vd. de sufrir. A pesar de lo triste del motivo, tengo gusto en contestar a Vd. su carta y ofrecerme de Vd. como siempre afectmo. q.b.s.m. B. Pérez Galdós. Madrid, 15 de Nv. 78”.

Chano se encerró con su pena en la habitación alta de la casa de la Peregrina, en el estudio del tío Francisco, que siempre había querido conservar intacto y que tantos recuerdos juveniles le evocaban. Entonces la huraña se apoderó de él; ni quiso recibir visitas ni bajó más a la tienda. No deseaba sino estar solo. Sus padres, mientras, cavilaban remedios para sacar del hijo la tristeza.



D. Manuel de Quesada, retratado en París por Federico de Madrazo en los años cuarenta del pasado siglo. Copia de Juan Luis Alzola

VI

POR EUROPA CON UNAS TRENZAS
EN LA VALIJA

Un viaje largo les pareció a todos lo más adecuado. Chano, al proponérselo, reaccionó con un no; deseaba continuar encerrado en aquel estudio, apartado de todo el mundo. La crisis, sin embargo, había debilitado su voluntad y la oposición al proyecto familiar ni fue grande ni persistente. Su pasividad obligó a la familia a prepararle todo, hasta el equipaje; lo único que él puso en la maleta fue la trenza cortada a la novia. En marzo de 1879 toma el barco en el muelle de Las Palmas con dirección a la Península.

En Madrid le esperaban Miguel y Juan de Quesada, los dos únicos hermanos varones de la novia, que por aquellos años estudiaban sus carreras allí. Miguel fue ingeniero militar; Juan, abogado y director del periódico *El Día* de aquella capital y en agradecimiento a los servicios valiosos prestados a la ciudad de Las Palmas le dedicó el Ayuntamiento la calle situada en la margen Sur del Guiniguada. Durante las semanas que pasó en la Corte fue también su asiduo acompañante José Hurtado de Mendoza, el sobrino de Galdós y entrañable amigo de los hermanos Quesada. Pero lo que Chano necesitaba para recuperarse era todo lo contrario: el no estar rodeado de personas que, por parentesco o paisanaje, le trajeran el recuerdo de su desgracia. Los amigos le empujaron hacia Francia.

En el bolsillo de la levita guardaba una dirección anotada. De lo primero que se ocupó en París fue de buscar el bulevar de los Italianos; cuando se detuvo frente al número diez pudo

leer un rótulo colocado sobre la puerta en el que, con letras muy historiadas, se anunciaba:

LEMONNIER. BIJOUX ET DESSINS EN CHEVEUX.

Avispados menestrales, inspirándose en las fórmulas acuñadas por los románticos, pusieron de moda una manera harto tétrica y realista de recordar en los hogares a las personas fallecidas. Consistía ésta en utilizar el pelo de los muertos para con él trazar una composición funeraria, que se encerraba luego dentro de un marco ovalado provisto de cristal convexo. La epidemia de estos relicarios se extendió de tal manera que Galdós, en su novela *La de Bringas*, fechada en 1884, dedica los primeros capítulos a describir las habilidades de don Francisco Bringas en la construcción de cenotafios pilosos.

El novelista sienta al personaje delante de una ventana que da al Campo del Moro. Allí, en el enorme hueco, ha colocado la mesa de trabajo, para que la luz le dé de lleno. Bringas repasa los modelos de monumentos funerarios; no encuentra lo que quiere y se decide entonces a trazar uno que compendie lo mejor de los diversos dibujos que guarda. "...Este trabajo previo del dibujo ocupó al artista como media semana, y quedó tan satisfecho de él que hubo de otorgarse a sí mismo, en el silencio de la falsa modestia, ardientes plácemes..." "...Pegó Bringas su dibujo sobre un tablero, y puso encima el cristal, adaptándolo y fijándolo de tal modo que no se pudiera mover. Hecho esto, lo demás era puro trabajo de habilidad, paciencia y pulcritud. Consistía en ir expresando con pelos pegados en la superficie superior del cristal todas las líneas del dibujo que debajo estaba; tarea verdaderamente peliaguda, por la dificultad de manejar cosa tan sutil y escurridiza como es el humano cabello. En las grandes líneas, menos mal; pero cuando había que representar sombras por medio de rayados más o menos finos, el artista empleaba series de pelos cortados del tamaño necesario, los cuales iba pegando cuidadosamente con goma laca, en caliente, hasta imitar el rayado del buril en la plancha de acero o en el boj. En las



Eco romántico: las trenzas de María del Pino conservadas en el gran relicario (0'47 x 0'38) hecho en París por Lemonnier

tintas muy finas, Bringas había extremado y sutilizado su arte hasta llegar a lo microscópico. Era un innovador. Ningún capilífice había discurrido hasta entonces hacer puntos de pelo picando éste con tijeras hasta obtener cuerpecillos que parecían moléculas, y pegar luego estos puntos uno cerca de otro, jamás unidos, de modo que imitase el punteado de la talla dulce. Usaba para esto finísimos pinceles, y aún plumas de pajaritos afiladas con saliva...”

Cuando el artificio sepulcral quedó terminado, todo lo imaginable aparecía reunido en él: “...piramidal escalinata, zócalos greco-romanos, y luego machones y paramentos ojivales, con pináculos, gárgolas y doseletes. Por arriba y por abajo, a izquierda y derecha, cantidad de antorchas, urnas, murciélagos, ánforas, buhos, coronas de siemprevivas, aladas clepsidras, guadañas, palmas, anguilas enroscadas y otros emblemas del morir y del vivir eterno. Estos objetos se encaramaban unos sobre otros, cual si disputasen, pulgada a pulgada, el sitio que habían de ocupar. En el centro del mausoleo, un angelón de buen talle y mejores carnes se inclinaba sobre una lápida, en actitud atribulada y luctuosa, tapándose los ojos con la mano como avergonzado de llorar, de cuya vergüenza se podía colegir que era varón...” “...el motivo de su duelo era la triste memoria de las virginales criaturas encerradas dentro del sarcófago. Publicaban desconsoladamente sus nombres diversas letras compungidas, de cuyos trazos inferiores salían unos lagrimones que figuraban resbalar por el mármol al modo de babas escurridizas...”

Algo por el estilo de lo que Galdós describe en su novela lo debió ver Chano en alguna parte y quiso que las trenzas de su novia quedaran también encerradas en un relicario que expresara la tristeza de su ánimo. Lo que compuso Lemonnier con el pelo de la canaria no tiene, ni mucho menos, la fúnebre grandiosidad que el humor de don Benito acumuló en la obra de Bringas. Aquí todo es más sencillo: dos trenzas, unidas por un lazo, descienden a uno y otro lado del gran óvalo, de casi

medio metro de altura, haciendo de orla o cerramiento de la composición, que se inicia con esta leyenda colocada en la parte superior:

A MI INOLVIDABLE M.^a DEL PINO DE QUESADA

Desde abajo, en sentido inverso al de las trenzas, suben dos ramas muy historiadas y con mucho relieve que van adelgazándose en sus extremos hasta convertirse en sutiles hebre-cillas. El centro del cuadro lo ocupa el sepulcro, protegido por la sombra de un árbol. Sobre la marmórea superficie del mau-soleo aparecen escritas estas dos palabras:

RECUERDO ETERNO

En otro lugar contemplaremos la veneración que Chano Corvo profesó siempre a este relicario y el sitio preeminente en que fue colocado en su casa de la Montaña de Doramas.

Lo que más le atrajo de París, y resulta inconcebible en un hombre de veintinueve años, fue el Jardín Botánico, que visitaba cada día. Hasta entonces estaba convencido de que su finca de Corvo era casi un latifundio, porque tenía diez fanegadas, y ahora se pasma de las treinta hectáreas de este paraíso, cuyas últimas terrazas baña el Sena. Recorre sus interminables parterres en los que se cultivan más de veinte mil plantas diferentes ordenadas por clases, familias, géneros y especies. Los invernaderos cálidos, que protegen la vida de los vegetales trasplantados de los trópicos, le hacen concebir la idea de copiarlos, a escala menor, en la Montaña; para ello hace dibujos, toma medidas, pregunta, observa las formas de cultivo. Cuando, cansado de las largas caminatas por el jardín, se va a sentar en el quiosco que se alza en una suave eminencia, le martillea en la cabeza esta máxima esculpida en la esfera que remata el breve edificio:

HORAS NON NUMERO, NISI SERENAS

Si en realidad no cuenta más horas que las serenas, qué se le ha perdido a él en Las Palmas, en la casa de la Peregrina,



R. I. P.

LA SRTA. DOÑA MARIA DEL PINO DE QUESADA Y DÉNIZ,

HA FALLECIDO.

Sus padres, hermanos, tíos, hermanos políticos, parientes y amigos, suplican á V. se sirva encomendar su alma á Dios, y asistir á su entierro que saldrá de la sala de la Hermandad del Rosario de la parroquia de Santo Domingo de esta ciudad, á las seis de la noche del día de hoy; á cuyo favor quedarán muy reconocidos.

Las Palmas, 22 de Octubre de 1878

El dueto se despide en la
placitilla de los Reyes.

en el comercio. Tiene que escapar de todo esto, abandonarlo para siempre y pronto, quiera o no su madre. Las tierras de Doramas se le representan como la promesa de paz y de retiro que anhela.

Alguien le ha contado en el Botánico que el más hermoso ejemplar de cedro de aquel jardín lo trajo el gran naturalista Bernardo de Jussien cuidadosamente protegido dentro de su sombrero. El también adquiere plantas jóvenes para llevarlas a Canarias y en el barco tomará mil precauciones para que no se agosten. Compra semillas y deja establecidos contactos para el futuro con expertos cultivadores y viveros especializados. De París pasa a Londres y a Bruselas y ya no quiere continuar dando tumbos por Europa; le impacienta poner en práctica los planes de transformación de la finca de Moya y, cuando menos se esperaba, apareció en la Peregrina con su nutrida impedimenta vegetal y el historiado relicario con las trenzas de María del Pino.

VII

BROTA UN JARDIN EN LO ALTO
DE LA ISLA

La casa de Corvo fue construida en la parte más alta de aquellas tierras moyeras, en un lugar donde se entrecruzan los vientos, donde golpea el granizo en los inviernos crudos y hace de las suyas el levante. Desde allí se contemplan, en la lejanía, las costas de San Andrés y de Bañaderos, por las que nace el Sol; en el lado opuesto, la abrumadora grandeza de la Cumbre; hacia el Norte, el barranco del Laurel y los Tiles con su alta vegetación, hoy abatida; por el Sur, se escalonan las tierras frescas del barranco de la Virgen, donadas a la Patrona en 1767.

El refugio contra el inclemente clima era modesto, pero eficaz: gruesos paredones de piedra y barro formaban un rectángulo dividido en su interior en cuatro estancias; a lo largo de todas ellas y aprovechando las vertientes del tejado, corría un sobradillo en el que se guardaban los granos, el queso y las frutas. En cuerpo aparte y a diferente altura, la cocina y un retrete colectivo con tres descansos abiertos sobre el pozo negro. En la fachada blanca pocos y pequeños huecos, para que el frío y el calor no penetraran en la casa; delante de ella el empedrado desigual del patio, roto por los alcorques de tres castañeros y una parra. Cerca, pero en una depresión del terreno el alpénder, los gallineros, el pajar y el boñigal.

Esta casa de labranza, rodeada de diez fanegadas de tierra, es lo que ha elegido para vivir Chano Corvo. En París y en Madrid, quizá por lo decaído de su ánimo, se sentía in-

cómodo; aquí en cambio, en estos parajes casi solitarios, se encontrará a gusto y su conturbado espíritu recobrará la paz.

A la Montaña van llegando penosamente las caballerías que transportan desde la Peregrina las pertenencias de Chano. El estudio del tío Francisco, con sus muebles, cuadros, libros e imágenes es trasladado íntegramente a la finca de Moya, quizá con el deseo de poder revivir los felices años pasados junto a su primer maestro. Una de las alacenas se convierte en librería y en ella acomoda la *Historia de Canarias* y el *Diccionario* de Viera y Clavijo; las *Lecciones elementales de Agricultura* de Bandini; la *Historia Natural* de Buffon; el *Discurso sobre la Historia Universal* de Bossuet; la *Imitación de Cristo* de Kempis; el *Año Cristiano* del padre Croiset; las *Cartas Eruditas* de Feijoo y otras obras más con las que piensa entretener las horas de descanso y los desapacibles nocturnos invernales.

Un gran calvero era entonces Corvo; la tala había sido tan enérgica que casi no se encontraba por parte alguna la sombra acogedora de un árbol. El campesino veía en él a su peor enemigo y desde que, espontáneamente, aparecía un brote lo aplastaba con la suela claveteada de su bota. A los frutales los toleraba porque no eran árboles sino *matos*, según la parla rural. Las tierras, limpias de toda sombra, eran destinadas a las papas, a los cereales y a las hortalizas, a lo que constituía su pan nuestro de cada día. Chano deseó acabar enseguida con este panorama desolador y lo primero que hizo fue plantar, ante el asombro de los labradores colindantes, árboles, muchos árboles que si no daban frutos sí iban a proporcionar gran belleza al paisaje. Un paseo fue bordeado de robles, otro de plátanos del Líbano; una llanada la pobló de pinos; en las tierras pobres plantó eucaliptos y en los alrededores de la casa se reunieron el drago y el mocán, el lentisco y el barbusano, el viñátigo y el til, el laurel y el escobón como muestra de la flora vieja de la isla.

Los árboles son perezosos en crecer y por eso los plantó sin demora; luego, con más reposo, fue trazando el jardín y

construyendo los invernaderos. Quiso, inspirándose en el Botánico de París, que una hermosa rosaleda constituyera el centro del parque y lo consiguió muy pronto trayendo ejemplares de la Península, de Francia y de Bélgica. Como telón de fondo se alzaba un cenador, en parte cubierto de hiedra, desde el que se podía contemplar aquel polícromo vergel. Senderillos que se abrían paso con dificultad entre las bolas azules de los macizos de hortensias; cascadas de geráneos cubriendo las paredes de piedra seca; parterres de claveles protegidos con bordes de romero; las flores rojas y grandes de las bignonias sobre las tapias blancas; y siempre el ruido del agua saltando por la acequia ancha y escalonada, oculta a trechos por el follaje exuberante de los heliotropos y de los embelesos.

Tres eran los invernaderos, situados hacia la parte posterior de la casa; uno destinado exclusivamente a las begonias, para que solas lucieran la variada hermosura de sus hojas; los helechos y sus parientes los culantrillos tapizaban, con su permanente verdor, las paredes de otro; y en el calor húmedo del tercero se abrían las flores blancas, rosadas y rojas de las camelias, contrastando con el fondo lustroso de sus hojas. Cuando estos cultivos adquirieron la plenitud eran muchas las personas que emprendían viaje desde Las Palmas, ratos en charabán y ratos en caballería, nada más que para admirar tan ejemplar esfuerzo.

La casa se agrandó más tarde agregándole a la construcción primitiva una sala demasiado espaciosa para las pocas visitas de cumplido que por allí recalaban y que, por otra parte, preferían el jardín al estrado; el gabinete, donde Chano hacía sus lecturas y los solitarios, con el perro de turno echado a sus pies; el comedor, abierto hacia el jardín pero protegidos los huecos de ruidosas cortinas formadas por canutillos de caña enhebrados, que impedían el paso de las moscas; el oratorio, en el que fue colocado el relicario con las trenzas de la novia y las imágenes que pertenecieron al tío Francisco: un Cristo crucificado, la Dolorosa, vestida de negros terciopelos

y un Jesús niño con muchos bordados y brillos en la camisa; por último, una gran despensa y nuevos servicios, de los que se suprimió, por cierto, el coloquial retrete. Mucha casona para un hombre que ha de vivir solo la mayor parte del año. Algunas veces, es verdad, suben sus padres o hermanas, pero como el viaje es largo e incómodo no suele ser frecuente la compañía familiar.

Chano Corvo no ha tenido hasta ahora tiempo de aburrirse y ni de pensar casi. Sin que nadie se lo recetara él descubrió el remedio contra el mal que le afligía el ánimo: trabajar sin descanso, pero en un escenario que no le recordara el pasado; crear con ilusión la obra que a él le gustaba, no la que deseaban sus padres. El comercio de la Peregrina, con sus merinos, sus driles y sus crudillos, le hubiera significado la muerte; en cambio, cultivar flores, plantar árboles, crear belleza fue para él vida, confianza y seguridad en sí mismo.



Chano Corvo, en primer término, contempla un "parterre" de su jardín de la Montaña

VIII

OTRA MUJER TRAS LA CERCA DEL JARDIN

En la misma calle de la Peregrina y en la acera de los Corvo tuvo su casa y taller maestro Vicente Cabral. Como carpintero fue una medianía, pero lo que le faltaba de habilidad en el oficio lo supo compensar con las largas y ampulosas parrafadas que brindaba a los parroquianos cuando iban a hacerle encargos o a retirar trabajos. Cada noche se reunía alrededor del banco una nutrida tertulia que le escuchaba embobecida; él, desde que comenzaban a llegar los habituales, dejaba la herramienta y, de forma ritual, repetía siempre la misma operación: tomaba una escobilla y con ella se quitaba las garepas de las botas, después de los calzones y por último de la barba patriarcal, de la que se sentía orgulloso. El desgarepado, de abajo hacia arriba, no lo alteraba jamás.

Maestro Vicente llegó tarde a la Peregrina, después de cumplir los sesenta años. Por entonces era viudo y matrimonió en *segundas* con Dolores Pérez, mucho más joven que él y dueña, además, de la casa terrera en la que vivía. De esta coyunda extemporánea nació, en 1857, María Guadalupe, a la que por edad y vecindad conoció Chano Corvo desde la infancia.

Pero la muerte entró una noche, como un contertulio más, en el taller de maestro Vicente; se fue acercando al banco y, de pronto, le cortó la perorata. María Guadalupe, aún mocilla, no tuvo ya otra compañía que la de Dolorcitas Pérez. Transcurridos los años las encontrará Chano, solas en su casa terrera, cuando comience a visitarlas con frecuencia.

El ermitaño de Doramas, con un lustro de total retiro y miles de flores que cuidar, ha conseguido el completo sosiego de su ánimo. En él sigue viviendo el recuerdo de la novia, pero ya no con la enfermiza obsesión de los primeros tiempos. Piensa, sí, con mucha pena, en la felicidad que se le fue de entre las manos, pero sin desesperación. Ahora, cuando de tarde en tarde baja a la ciudad, trae las mejores flores de Corvo para el sepulcro de Pino y lleno de paz las coloca sobre la losa de mármol. Sus padres, al verle tranquilo, piensan en que volverá a la tienda, que se pondrá de nuevo al frente del negocio. El les desengaña una y otra vez: no quiere más tratos mercantiles, persistirá en su vida retirada.

La ciudad, a pesar de ser la modesta urbe del último tercio del siglo XIX, con sólo dieciocho mil habitantes, le abruma, se encuentra incómodo en ella, prefiere el diario contacto con la Naturaleza. Sin embargo, ya no es el mismo Chano de hace unos años; a medida que se le ha aplacado el dolor ha comenzado a sentir el deseo de intimar con una mujer, de tener frente a frente a una interlocutora con la que comentar las menudas cosas de cada día y hacia la que encauzar los afectos tanto tiempo contenidos. Alguien que, de alguna manera, llene el vacío dejado por Pino.

Si bien recobró la tranquilidad no pudo despojarse, en cambio, de la hurañía que le invadió al ocurrirle la desgracia. El prolongado retraimiento ha hecho mella en su carácter y le empuja ahora por los caminos fáciles. No quiere reanudar tratos con las muchachas amigas de su familia, que le obligarían a prodigar los cumplidos, a ir a la Alameda en las noches de música y a los bailes del Gabinete. Le es más sencillo el intimar con la vecina artesana. Allí, en la modesta casa de María Guadalupe, se encuentra cómodo, le agasajan sin remilgos y a ella, además, no le importaría abandonar para siempre la ciudad y encerrarse con él en los altos de Doramas. O le comprende y está dispuesta, por amor, a plegarse a sus gustos



Chano Corvo y su esposa María Guadalupe Cabral

o lo acepta como el precio de una unión socialmente ventajosa. El tiempo nos lo dirá.

Doña Rafaela está inquieta, siente desasosiego por la amistad creciente de su hijo con Guadalupe Cabral. Si en otra época soportó pasivamente las infidelidades de don Enoch ahora se rebela, se muestra dura, inflexible con la inesperada inclinación amorosa de Chano hacia su vecina. Le habla de las diferencias sociales que les separan; él le replica que no cree que éstas sean un obstáculo, cuando no va a tener la oportunidad de hacer vida de sociedad en Corvo. A los consejos desoídos siguieron las advertencias, las amenazas:

—Si te casas con María Guadalupe haré cuanto pueda para que no heredes de mí ni un real. No quiero que la hija de maestro Vicente entre por la casapuerta como nuera...

Reconcentrado, ahorrando palabras comenzó a preparar el regreso a Corvo. Los de la casa pensaban que había recapacitado y se plegaba, a pesar de sus treinta y cinco años, a los deseos de la madre; daban ya por muerto un amor apenas nacido.

A las pocas semanas María Guadalupe dejó de ir a la misa de los domingos; tampoco se la veía asomada a la ventana, ni trajinando en la azotea, ni lavando y tendiendo en el patio trasero. Dolorcitas respondía lo mismo a todos los que le preguntaban:

—Ha ido a Telde, con sus primos, a ver si coge carnes otra vez, porque con lo de don Chano se quedó en la tea.

Lindando con la finca de Corvo, hacia el Poniente, había una pequeña propiedad a la que los moyeros llamaban la *Casa del fraile*, porque fue retiro y refugio de un franciscano exclaustrado que cambió el sayal por una barragana de cara escachada. Difuntos él y ella, la parentela de la concubina ofreció a Chano la finqueja, pero éste no la quiso adquirir porque le

sobraban tierras. Maltrecha se mantenía la casa en pie haciendo las veces de pajar.

Cuando menos lo esperaban los colaterales de la *fraila* fueron llamados a Corvo y con la solemnidad elemental de un simple papel de barba, en el que se escribieron muy pocos renglones, pasó la casa y el celemín de tierra de sus manos a las de don Chano. Enseguida se reparó el tejado, albeáronse las paredes, se aseguraron puerta y ventanuca y fue reconstruida la cocina, que formaba cuerpo aparte. Todo quedó dispuesto para recibir a nuevos moradores.

El sino de estos muros parece que era el dar abrigo a amores clandestinos. Primero se acogió a ellos el fraile que no pudo, ni soñó siquiera, conseguir la secularización; ahora iba a ser nuevo refugio de una pareja que tampoco podía casarse porque un impedimento, no canónico sino maternal, lo hacía harto difícil.

Pocos días fue huésped María Guadalupe de Corvo, sólo los indispensables hasta que dieron fin las obras en la pequeña casa. El novio, en sus cavilaciones, no encontró otra salida. Doña Rafaela y sus hermanas subían todos los veranos a la Montaña: no era posible la presencia de ella allí dentro. Fuera ya era otra cosa; le prohibieron que se casara, no que viviera maritalmente con esta mujer, por la que sentía más deseo que amor. Quizá sea esta la razón de que no se rebelara y aceptara una solución tan opuesta a su manera de ser. También ahora optó por el camino fácil, por aquel que no le exigía enfrentarse con su madre.

Algunas alteraciones se produjeron en los hábitos de Chano. Las mañanas seguían siendo para su jardín; las tardes, para estar con María Guadalupe, pasear con ella rodeados de los perros y comer juntos. Las apariencias se guardaban durmiendo cada cual en su casa, yendo cada mochuelo a su olivo. Para cortar, al menos al principio, las habladurías rurales, y también para acompañarla, fue a vivir con la hija Dolor-

citas Pérez; a su lado estuvo hasta que le llegó la muerte, en 1899.

Doña Rafaela, que experimentó meses de sobresalto, ha recuperado el sosiego; ya se embebe otra vez en los trapicheos mercantiles. Su Chano ha sido un hijo sumiso que, por obedecerla, no ha llevado a la casa a una nuera artesana. Ahora, convertida ésta en su amante, el peligro de una boda está, a su pensar, conjurado. Satisfecha la pasión, ¿qué necesidad tiene de que las inquilinas de la *Casa del fraile* pasen a serlo de Corvo?

Ella, Guadalupe, vivía inconsolable con esta unión realizada por detrás de la Iglesia; él se había acomodado a la irregularidad y hasta le era agradable regresar por las noches, solo, a Corvo para allí leer y meditar en paz, con Alcira echada a sus pies, sin oír la cháchara monótona de Dolorcitas. Pero la complicación se presentó a los dos años de relaciones. María Guadalupe quedó encinta y en 1887 les nace una niña, que fue bautizada en la parroquia de Moya con el nombre de Dolores, como el de su abuela materna. Entonces sí que se produjo un cambio grande en Chano. El dejar la casa, en cada anochecer, no le era ya tan fácil como antes, porque en ella quedaba una vida joven que, poco a poco, estaba llenando de contenido, de responsabilidad, de cariño, su propia vida.

IX

BREVE VIDA Y TURBADO DESCANSO

A Lolita no se le enseñó a decir *papá*, porque era palabra que el viento podía arrastrar hasta Corvo, hasta los rigurosos oídos de doña Rafaela, todavía enérgica y mandona y avivarle la ira. Menos comprometido resultaba *Chanito* y de esta manera comenzó la niña a llamar al padre. Ni pizca de gracia le hacía a él el diminutivo en boca de aquella criatura, y menos aún su condición legal de hija no legítima, que podría significarle muchas amarguras en el futuro. Estos pensamientos le venían siempre unidos a la imagen, querida y temida a la vez, de la madre Rafaela.

Confidente de sus cuitas fue el viejo don Enoch, comprensivo y discrepante de su mujer por dos razones: por la predilección que sentía hacia Chano y por lo mucho que pendoneó en la juventud. La ocurrencia fue de él, de su vivaracha y pícara imaginación: hacerle una jugarreta a Rafaelita —¡una más!— para poner remedio a las aflicciones, a las desventuras del hijo. Todo se arreglaría y pronto.

Sin olvidar la trompetilla para aclarar la sordera, que lo que tenía que oír aquella mañana iba a ser muy importante, se fue hacia el Palacio Episcopal a la audiencia concedida por el señor obispo, Fr. José Cueto Dfiez de la Maza. La plática versó sobre la situación irregular en la que vivían su hijo y la amante, los dos buenos cristianos; la oposición materna a una boda desigual; el comportamiento irreprochable, salvo en este único aspecto, de la afligida pareja; la niña que va creciendo y la madurez de juicio de Chano y de María. Todo fue expues-

to con calor por don Enoch que, como colofón de la entrevista, le pidió al señor obispo la gracia de la celebración de un matrimonio secreto, que legitimara ante Dios sus pecaminosas relaciones y las siguiera ocultando ante la iracundia de mamá Rafaela.

La petición fue atendida y la boda se celebró, rodeada del mayor misterio, en la propia casa de Corvo. Sin embargo, no aparece inscrita en los libros parroquiales hasta al mes justo de fallecida doña Rafaela, pero se hace constar que por orden del señor Obispo se prescinde de *toda ritualidad y requisitos necesarios para la validez de este contrato sacramental.*

El matrimonio de tapadillo no podía traer, de momento, cambios importantes en Doramas; todo continuó allí aparentemente igual: los tres miembros de la familia Cabral en la *Casa del fraile*; Corvo en la suya fingiendo una soltería que le resultaba molesta porque la niña iba despertando; doña Rafaela inconvencible en su terquedad y el viejo Enoch riéndose para sus adentros de la treta canónica que le ha jugado a su esposa. Así se mantuvo la situación hasta el dieciséis de abril de 1898, en que falleció en la Peregrina la madre de Chano. Tan segura estaba de la obediencia de su hijo que respetó hasta el final las mejoras que en vida le había hecho: los maternales enfados de ultratumba no le ocasionaron lesiones patrimoniales.

Desde que terminó el funeral por el ánima de la intransigente señora se prepararon los cestones y las maletas para subir a la Montaña. Iban todos: Chano, su padre, sus hermanas y algunas sobrinas porque lo que les esperaba arriba así lo requería. Nada más llegar se dirigieron a la *Casa del fraile* y allí, en su misma puerta, se produjo la reconciliación de las mujeres, que los hombres habían estado conciliados desde siempre. Hubo aspavientos de afecto, lágrimas y abrazos, como en los melodramas y todos juntos abandonaron aquel refugio para entrar en Corvo y vivir en adelante como una sola familia. Cuando, por fin, la hija de maestro Vicente atravesó el umbral de la casa prohibida cumplía Lolita once años.

Chano había sido hasta entonces el preceptor, por horas, de su hija; en adelante iba a tener ocasión de dedicarse por entero a ella, de educarla con refinamiento para contrarrestar la influencia del ambiente, propicio a la desgana y a la tosqueidad. Los vestidos para la niña eran encargados a las buenas costureras de Las Palmas; la mesa se servía con mucha delicadeza y durante las comidas estaba presente el hijo del mayordomo, con un gran abanador de palma, para *ajuliar* el mosquero de los blancos manteles; el rezo vespertino del rosario y de la novena de turno se hacía en el oratorio con mucho aparato de velas, flores y sahumerio. Entonces, el zagalote dejaba en paz a las moscas y la emprendía con el incensario. Al llegar el momento de pedir por el descanso de los difuntos queridos, Chano clavaba los ojos en el relicario con las trenzas de Pino...

Algo, sin embargo, echaba de menos: el que no se pudiera decir misa en la casa para la familia, los criados y el peonaje. Este privilegio, que era muy difícil de obtener en aquellos años, le vino de la mano bondadosa del Padre Cueto. Un mediodía, sin esperarlo, se presentó el Obispo en Doramas acompañado de algunos canónigos y del párroco de Moya; en la casa descansaron y comieron. De sobremesa le expuso Chano su deseo y, en el acto, le contestó el Obispo que lo solicitaría del Papa. Las promesas de este santo varón no eran meros cumplidos: el 8 de julio de 1899 se extendía en Roma el Breve Pontificio concediendo la gracia pedida.

Sólo tres años vivió Lolita en Corvo junto a su padre. Fueron tres años de hondo contento para los dos, que les hicieron olvidar la separación, los celos y las cautelas anteriores. Pero la fatalidad rondó siempre en torno a Chano, segando los brotes tiernos de felicidad que aparecieron en su vida. Se le murió Pino en las vísperas de la boda; cuando, pasados los años, paró la mirada en María Guadalupe tuvo enfrente la tenaz oposición de doña Rafaela y ahora, que se le han llenado la casa y el corazón con la alegría de la hija, otra desgracia abatirá su ánimo.

Los paquetes que han llegado desde Las Palmas con vestidos, golosinas, encajes y cintas, con todo lo que la niña ha pèdido a sus padres como regalo de Reyes, no los abrirá jamás. Las fiebres que la retuvieron en cama una semana se agravaron súbitamente y el día 5 de enero de 1901, a los catorce años, falleció en Doramas. La familia de la Peregrina fue aquel día a Corvo para acompañar a Chano y Pino, la hermana mayor, contaba que éste había envejecido veinte años en unas pocas horas.

En el cementerio de Moya fue enterrada la niña. A la breve parcela que recibió su cuerpo llevó Chano los seis rosales blancos más hermosos de la Montaña y tierra de su propio jardín, para que la tumba de Lolita fuera como un oasis en aquel triste y descuidado camposanto. Un jardinero bajaba todos los sábados desde Doramas para limpiar y regar los rosales, porque Ignacio, el sepulturero, no era nada de fiar. El ron le atraía más que el cuidado de las tumbas; una botella diaria constituía la parca ración y para no tener que compartir con los amigos su contenido la tapaba con un trozo de hueso, de difunto desconocido, bien purificado por los soles, las lluvias y el propio ron. En los atardeceres aparecía su mujer por el cementerio para guiar los vacilantes pasos del sepulturero hacia la casa. Era ella, *mi burranca*, como le decía cariñosamente el marido, la que trancaba la puerta y ponía la llave en un saliente del marco.

Ningún vecino de Moya ignoraba las costumbres de este matrimonio tan bien avenido, que en más de una ocasión estuvo a punto de rodar al fondo del barranco a causa del oleaje provocado en el enterrador por el ron de caña. En una de estas tormentas se les cayó la llave grandota del cementerio y tardaron dos días en encontrarla. Entonces decidieron dejarla junto a la puerta, que nada había que robar allá dentro.

El robo, sin embargo, se produjo en noviembre de 1904, en el mes de las Animas benditas. A las once de una de sus noches, tres hombres y cuatro mulas salieron de Corvo con



De este cementerio de la villa de Moya se llevó Chano Corvo, una noche de noviembre, los restos mortales de su hija Lolita. Apunte de Santiago Santana

dirección a la villa de Moya. Va en cabeza Chano y le acompañan el mayordomo y un peón de la casa; sobre la albarda de la cuarta bestia se bambolea una caja de pínzapo blanco.

Las noches de otoño son frías en Moya; nadie observa la llegada de la breve caravana; las caballerías quedan ocultas y a pie se dirigen al cementerio. Allí, a mano, está la llave para abrir la puerta y ya dentro encienden el farol. Con el mismo pico y las mismas azadas de Ignacio se realizará el trabajo. Los tres tienen húmedos los ojos; se santiguan y comienzan. Primero desplantan con esmero los rosales y después la emprenden con la tierra de la fosa, que van sacando cesta a cesta; el trabajo es penoso, las camisas se empapan de sudor. Por fin la azada roza con las tablas podridas del ataúd; el padre baja entonces al fondo del hoyo, toma los despojos de su hija y los coloca, envueltos en un lienzo blanco, en la caja de pínzapo. La fosa se llena otra vez de tierra y cinco de los rosales son replantados; el sexto, el más hermoso, lo llevarán a Corvo.

Se apresuran, porque han de llegar a la Montaña antes de que amanezca. La caja es atada sobre la albarda de una de las caballerías y emprenden el regreso. Chano reza el rosario a media voz y le contestan los acompañantes. Las camisas, mojadas de sudor, se pegan a los cuerpos cansados haciéndoles sentir más el frío de la noche.

María Guadalupe y Encarnación, el ama, que han permanecido en vela, ven desde la ventana la luz del farol que han encendido los hombres al acercarse a la casa y salen a su encuentro. Entre Chano y el mayordomo llevan la caja al oratorio, depositándola en la fosa abierta de antemano al pie del altar, que cubren con una losa de cantería en la que se ha grabado una cruz y una sola palabra: *Lolita*.

Todos necesitan descanso, pero antes de abandonar el oratorio rezan otra vez por la niña que ha vuelto a la casa. El padre, que es el último en salir, enciende la lámpara y una llama tímida, insegura, flota en el vaso de aceite sostenida por una

diminuta isla de corcho. Este copo de claridad, brillando en la gran tiniebla de la capilla, será compañía constante para Lolita.

El rosal trasplantado junto a la casa volverá a dar flores blancas para colocarlas al pie del altar, orlando el nombre cincelado en la piedra.



X

EL ARBOL ABATIDO

Un cambio introdujo entonces en su vida: decidió no pasar los inviernos en Corvo, con gran contento de su mujer. Para estar cerca de la familia, pero independiente de ella, compró, en el año 1914, la casa número 13 de la calle de la Peregrina, colindante con la de su hermana Pino, abriendo puerta de comunicación entre ambas. Con él venían siempre los perros, para montar guardia leal junto al sillón de orejas o, en las horas de la noche, delante de la puerta de la alcoba.

En las primaveras, cuando volvía a "su" Montaña, iban con él sus sobrinas Pino o Carmen para acompañarle durante la temporada, mientras María Guadalupe regía la casa o mal vigilaba la finca. En los largos paseos por el jardín se detenía en cada arriate para preguntar cómo estaban los rosales, cómo los claveles o las azucenas; si el heliotropo tenía muchas flores o si el jazminero cubría bien la pared. Con el bastón tentaba la tierra de los parterres para comprobar si el abono y el riego la tenían mullida. No podía ver la belleza de las cosas, pero se consolaba y hasta se recreaba imaginándola.

Los últimos años los pasó ya, de forma permanente, en la Peregrina, sin salir para nada de la casa; postrado, lleno de llagas que no cicatrizaban y que le producían atroces dolores. Cuando de la Montaña llegaba el mayordomo con frutas y flores él aspiraba con vehemencia su aroma, en silencio, ausente; entonces su pensamiento, como la aguja de una brújula, se disparaba hacia Corvo, hacia el norte de sus afectos y le decía con insistencia a María Guadalupe que era necesario hacer el semillero de las petunias, de los alhelfes o de los guisantes de olor; de azufrar las parras o de podar las hortensias. Ella le prometía escribir al mayordomo, pero la carta no se mandaba. Un rencor hondo hacia Corvo, donde vivió como confinada durante muchos años, le aconsejaba ahora este desquite.

La comunicación interior de las casas de la Peregrina hizo que junto a Chano estuviera siempre alguien de su sangre. En la intimidad se volvía locuaz y le agradaba recordar los sucesos de la juventud. Para el almuerzo venía un sobrino a sentarse



Agustín Alzoa y Martín-Fernández y su esposa María del Pino González-Corvo de Quintana, hermana mayor de Chano, que continuaron con los negocios de doña Rafaela.

a su mesa, a la mesa redonda, de roble, con una zorra, una ardilla, un jabalí y un perro sosteniendo la columna central sobre la que descansaba el tablero. Las natillas con bizcochos de lengua de pájaro, de *La Perla*, y las golosinas preparadas por Pepita Agustina en su casa de la calle de San Agustín —donada luego para la fundación de un colegio— hacían las delicias del invitado de turno. Un postre, sin embargo, era repudiado siempre por los jóvenes comensales: la carne de membrillo que confeccionaba, con sus propias manos, María Guadalupe. Fue muy golosa y para no compartir con los demás esta rica conserva utilizaba como moldes *impolutas bacinillas* de loza, ennoblecidas con este destino exclusivo, que luego colocaba en el terradillo para que el sol curara la carne. Al sacar las confituras de los bacines permanecía intacta su forma vulgar, avivando el despego de todos por tan sabroso dulce. Ella, entonces, se servía generosas porciones sin pecar aparentemente de egoísta.

Como un árbol dañado se fue secando Chano, poco a poco. Los sufrimientos de este varón ejemplar concluyeron para siempre el 31 de marzo de 1925. Mientras él agonizaba y moría, el *Jardín de Corvo*, su obra, era invadido por la mala yerba, que lo ahogaba sin piedad. Donde antes abrían los pétalos las más hermosas flores se desarrollaban ahora, con tremendo vigor, la zarza, la ortiga y el cardo. María Guadalupe no entendía de aquello, ni le interesaba mantener lo que sólo producía belleza, gastos y malos recuerdos...

Apoyándose en el testamento de su esposo, otorgado el 17 de enero de 1917, que la designaba heredera universal, en dominio pleno, se apresuró a malvender la finca de la Montaña desde que los ojos de Chano se cerraron para siempre. Una parte la adquirió, con sumas facilidades de pago, el propio mayordomo y la otra, la que comprendía la casa y el ya agostado jardín, el abogado don Emilio Valle Gracia.

Al mes de enterrado el marido ya tenía autorización de la Sanidad Insular para exhumar los restos de Lolita del oratorio

de la Montaña y traerlos al cementerio de Las Palmas. El traslado se hizo, en esta ocasión, no de noche, ni dentro de un cotre de pinzapó, atado sobre la albarda de una caballería, sino a pleno sol y cumpliendo con todos los enojosos trámites administrativos; un entierro más de un día cualquiera.

Chano deseó siempre ser enterrado en Moya, en un mausoleo que quizá hasta dibujó, porque en su testamento le señala a los herederos la suma de seis mil pesetas, que deberán gastar en la obra con cargo a la finca de la Montaña; seis mil pesetas de aquellos años... En sus largos soliloquios, para los cuales le proporcionaban muchas horas la ceguera y la sordera, debió admitir como seguro que Corvo moriría con él y por eso dispuso también que los despojos de Lolita volvieran al cementerio de Moya, a descansar a su lado. Su postrer deseo no fue atendido y ambos están enterrados en Las Palmas.

Por último, el oratorio, con autorización episcopal, se trasladó a la casa de la Peregrina y en él se decía misa los días de San Sebastián y de los Dolores hasta la muerte de María Guadalupe.

De otra cosa también se desprendió la viuda con presteza: del relicario con las trenzas de Pino: lo envió como regalo a la familia Quesada.

¿Qué queda hoy del *Jardín de Corvo*? Nada, salvo unos robles y unos eucaliptos plantados por la mano de Chano. Ante tanta ruina, sin darnos apenas cuenta, repetimos las estrofas doloridas de Rodrigo Caro:

Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa;

.....

Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo;

este llano fue plaza, allí fue templo;
de todo apenas quedan las señales;

.....

Quizá Corvo no haya sido nada más que un sueño, que un bello sueño...; y Chano, la sombra de un hombre que jamás existió.



El Jardín de Corvo en la actualidad

APENDICE

CASA CORVO ★

Los que hace algunos años moraban en la serranía de Moya, debieron ver con frecuencia, en los meses de estío, numerosas caravanas, alegres y bullangueras, que marchaban hacia las cumbres, por los caminos anchos y umbrosos, de la *Montaña*.

Pasada la vereda que se enrosca como serpiente, en el montículo llamado, por su figura, *La Corcova*, se presentaba a la vista una casa preciosa, medio escondida en un bosque de eucaliptos y cipreses, abrigada con enredaderas, y coronada con flores de rosales que trepaban hasta el tejado, abrazándose a las paredes musgosas.

Cuando el viajero se iba acercando, ávido de curiosar, tropezaba con tupidas cercas, formadas por mirtos, arrayanes y brezos de olor, cuidadosamente recortados. Pero, alzándose en los estribos, si es que iba en cabalgadura, divisaba, por encima de los bardales, un jardín maravilloso, por la variedad y valor de sus flores... y, en el jardín, un caballero de porte distinguido, que, sonriendo, avanzaba hasta la puerta para recibir y atender a los visitantes con la cortesía más fina y discreta.

Pues bien, esta casa, este jardín, este hidalgo perdido en la *Montaña*, que vagaba, abstraído y solo, entre plantas y flores, eran también sepulcros que guardaban, con los huesos

de seres muy queridos, los más dulces recuerdos y las más amargas lágrimas.

Nada más bello y más tierno que el origen del *Jardín de Corvo*.

No sé cómo, ni cuándo fue, ni he querido, con certeza, averiguarlo, temiendo que manen nuevamente sangre las heridas, mal cicatrizadas, del caballero amigo... He respetado siempre su discreto silencio, y he mirado, en todo tiempo, con respeto y veneración, aquella interesante figura del hombre tocado por la pena, envuelto en sombras de tristeza infinita, cerrados al exterior sus principales sentidos, como si temiera que por ellos escaparan los dulces recuerdos, los misterios y enigmas que guarda en su alma; o que el sonido y la luz, al llegar hasta el espíritu despertaran las viejas ilusiones, dormidas en lecho de rosas deshojadas, y envueltas, no en las pesadas e impenetrables sombras del olvido, sino en las suavísimas gasas de la resignación y el martirio, tenue, ligeras, rumorosas, como alas de ángel, y vaporosas, transparentes, como el azul del cielo.

No sé cómo fue... pero parece que, en su tiempo, este hombre mimado de la fortuna, rico, cultísimo, con talento, y tierna y delicada alma de artista, encontró un corazón semejante al suyo. Un ángel, en forma de mujer, se atravesó en su camino, y le hizo soñar un paraíso de gloria, y entrever la felicidad suprema de la vida en la unión íntima y perfecta del verdadero amor. Y... ¡cuánto se adoraron! Habían nacido el uno para el otro. Eran dos cuerdas de la misma lira, dos hojas de la misma rama, dos pétalos de la misma flor, dos aves de un mismo nido que, unidos los picos y las alas, habían de ir por el mundo, enlazados, diciendo iguales cantares a la honesta, hermosa y fecunda alegría del vivir. Pero ya se encarga Dios de recordarnos, para nuestro bien y enseñanza, que no es la tierra el centro de las almas; pues jamás, de tejas abajo, se consigue el reposo de la hartura, ni se llega a la posesión y goce de la eterna dicha... Encendidas estaban antorchas de Himeneo. Coronas de immaculados azahares rodeaban la frente

de la esposa, adornada con vestidura nupcial, blanca como las azucenas de los valles; las vírgenes de albos peplos elegantes forman el cortejo, elevando, en sus manos, frescas rosas, encendidas, como la llama del Amor... Se escuchan ya los pasos del Amado que se acerca, emocionado, tembloroso... Van a unirse los cuerpos y las almas... Pronto, muy pronto será presente el instante de la felicidad...

¡Oh, Dios mío! ¡Cuán vanos son nuestros cálculos, y nuestras esperanzas, cuán fallidas y engañosas! Entre aquellos dos seres, cuyas manos van a enlazar las guirnaldas floridas del más santo de los cariños, del que Dios bendice y hace indisoluble y fecundo, se ha interpuesto una figura macabra, que, con horribles muecas de burla, lanza estridentes carcajadas que producen escalofríos... Sopla sobre las flores, y las flores se marchitan, y las guirnaldas se deshacen, y caen los azahares de la frente a los pies de la hermosa prometida, como lluvia finísima de pequeños copos de nieve resplandecientes... Es la huéspedada inesperada, la que a nadie respeta, la que todo traga, la que roba los besos de los labios en flor, la que deshoja repentinamente la rosa más bella, cuando nos deleitamos con sus colores y nos embriagamos con sus perfumes... la que arrebatada las más hermosas ilusiones y deshace los más alentadores ensueños, y extiende, súbitamente, sobre nuestras cabezas, velos de sombras y tormentosas nubes, cuando era más luminoso y risueño el cielo, y más necesario, a nuestra vida, el calor fecundante del padre Sol... ¡Es la muerte!

Allí ha surgido, envuelta en amplio manto, negro como la noche. Extendiendo sus brazos de esqueleto aproxima a los desposados sus manos huesosas. Lleva, en la una, afilada cuchilla; y en la otra, una copa rebosante del licor de las grandes y hondas amarguras y de las catástrofes inesperadas. Es el licor que contiene todos los acíbares y todas las hieles; y que si no quita la vida del cuerpo, mata, para siempre, las ambiciones sublimes del alma, concebidas en horas dulces de sueño de color de oro...

Con la copa ha tocado los labios del Esposo que sentirá, para siempre, el sabor amargo del dolor... y, con la cuchilla, siega la vida exuberante y rica de la amada, con la misma facilidad con que la podadera del hortelano corta el brote más robusto y tierno del jardín...

Aquellos fueron desposorios de ultratumba... *La intrusa* separó los cuerpos; pero la dilección hizo, para no separarlos nunca, a las almas escogidas que esperan encontrarse en el cielo, y unirse eternamente en la presencia de Dios.

Desde aquel desgraciado día, dicen, que el actual señor de Casa Corvo quiso convertir su alma en un sepulcro que, a semejanza del que encierra los restos de la elegida de su corazón, guardara las ilusiones muertas, los recuerdos íntimos, la imagen imborrable de aquella que fue alma de su alma, y vida de su vida, energía y calor de su sangre y de sus huesos.

Abandonó los negocios, despreció sabiamente el mundo, que no daba más que desengaños y espinas; y, a solas con su Dios y su conciencia, transido de pena, pero resignado, volvió la espalda a todas las beldades, se hizo sordo a todos los halagos, y vino a esconder sus lágrimas en la soledad, donde el silencio está henchido de armonías, y la meditación y el retiro hacen que broten, por todas partes, las virtudes vivificantes y regeneradoras.

Allí trajo los recuerdos de su amor... las cintas, las joyas, los cabellos dorados, como triguales que empiezan a madurar; y convirtió su casa y su jardín en artístico relicario, dignos de guardar tan precioso tesoro.

Plantas de todas las zonas; flores de todos los climas, vinieron a rodear este mausoleo, y a exhalar sus perfumes, en esta ara, donde el varón de dolores ofrece, diariamente, el sacrificio de sus tristísimos recuerdos, envuelto en el incienso de la *conformidad con la voluntad divina*, que, según da la lla-

ga, da el remedio, poniendo, junto al camino de la amargura, la fuente inagotable del consuelo.

Con su alma, exquisitamente educada, y llena de delicadeza y arte muy alto y escogido, rastreando en los arbustos y yerbas de su huerto, ha descubierto, en árboles y flores, cualidades preciosas, perfecciones y símbolos que recuerdan la gracia, la ternura, la hermosura, la inocencia angelical del bien perdido... Y se pasa las horas y los días, los meses y los años, cuidando de sus plantas, como si fueran niños delicados; mímandolas, acariciándolas, como si tuvieran corazón; hablando con ellas, comunicándoles su sentir y su querer, como si encerrados estuvieran, en ellas, las clarísimas inteligencias de la novia y de la hija, muertas ¡ay! cuando empezaba a sonreírle la primavera del alma.

Así, a fuerza de constancia y paciencia, en la parte más fría de la parroquia, y casi en las crestas de la nevada serranía, se formó el variado y valiosísimo *Jardín de Corvo*, oculto entre eucaliptus, castaños y zarzales; silencioso, como un templo vacío; cubierto, en gran parte, de cristales como urna que guarda reliquias veneradas; rodeado de cipreses, como un cementerio; y en toda estación, lleno de bellísimas flores, como si fuera una corona, siempre viva, nunca marchitada, puesta sobre una inmensa sepultura...

Murió don Sebastián González Corvo de Quintana. Como si hubiera sido el alma del jardín, han desaparecido, con él, todas las plantas y flores que eran su delicia y su encanto. Hoy, al visitar la finca de Corvo, sentimos las hondas tristezas que nos invaden al contemplar las grandes ruinas: la tristeza de las bellas cosas muertas.

Me acaban de decir que está también amenazado de ser vendido, en vergonzosa almoneda, el arbolado, alto y frondoso,

que rodea la casa. Está visto. Ha caído sobre LA MONTAÑA
la maldición de Dios.

José Marrero Marrero

* De este artículo existen dos versiones: la publicada en “El Defensor de Canarias” y otra manuscrita que se conserva en El Museo Canario. Como la segunda complementa a la primera aparecen aquí reunidas ambas.

LOS MESES
INVIERNO - DICIEMBRE

CANTO X

Mas ¡ah, preciosos árboles! que lejos
de daros sucesores que os hereden,
no tememos, con mano temeraria,
a golpes de las hachas insolentes,
derribar vuestros troncos venerables
que llorarán los pueblos que nacieren.
Sitios queridos de las nueve musas
en cuyos frondosísimos andenes
paseó, de su numen agitado,
el divino Cairasco tantas veces.
¡Montaña de Doramas deliciosa!
¿Quién robó la espesura de tus sienes?
¿Qué hiciste de tu noble barbusano?
Tu palo blanco ¿qué gusano aleve
le consumió? Yo vi el honor y gloria
de tus tilos caer sobre tus fuentes...
Huid ya de estas selvas, pajarillos;
nada os puede alegrar: peligrar debe
el nido maternal de vuestra prole,
si el leñador y el carbonero quieren.
Huid también vosotros a otra parte,
zagalas y pastores inocentes:

ya no hallaréis, en este monte bajo,
corteza dura o plana suficiente
para grabar vuestros amables nombres,
como vuestros abuelos y ascendientes.
Huid, huid: sacad de esta montaña
las manadas de cabras y los bueyes,
que devoran los brotes cuando nacen,
y no permiten que, nacidos, medren.

José de Viera y Clavijo

DESCRIPCION DE LA MONTAÑA DE DORAMAS ★

Este es el bosque umbrífero
que de Doramas tiene el nombre célebre,
y aquéstos son los árboles
que frisan ya con los del monte Líbano
y las palmas altísimas
mucho más que de Egipto las pirámides,
que los sabrosos dátiles
producen a su tiempo y dulces tamaras.
Aquí de varias músicas
hinchán el aire los pintados pájaros.
La verde yedra estática
a los troncos se enreda con sus círculos
y más que el yelo frígida
salen las fuentes de peñascos áridos.
Aquí de Apolo délfico
no puede penetrar el rayo cálido
ni del profundo océano
pueden damnificar vapores húmedos.
Aquí con letras góticas
se escriben epigramas, nombres, títulos
en árboles tan fértiles
que parece que estuvo recreándose
en ellos el artífice
de las terrenas y celestes fábricas.
Aquí, pues, de la próspera

fortuna está gozando el fuerte bárbaro
que por sus propios méritos
alcanzó la corona y regia púrpura
y en la terrestre máquina
es celebrado en ejercicios bélicos:
Doramas es el ínclito
nombre del capitán fiero e indómito.

Bartolomé Cairasco de Figueroa

- * Fragmento de una comedia dedicada al obispo don Fernando de Rueda, año 1581.

INDICE

I	LA SELVA PROFANADA...	5
II	LAS ANDANZAS DE DON ENOCH Y OTRAS NOTICIAS ...	17
III	GOZO POR UNA VIDA Y DOLOR POR SEIS MIL MUERTOS...	29
IV	HISTORIAS PARA UN ESCOLAR APLICADO...	39
V	SIEMPREVIVA...	49
VI	POR EUROPA CON UNAS TRENZAS EN LA VALIJA...	61
VII	BROTA UN JARDIN EN LO ALTO DE LA ISLA ...	69
VIII	OTRA MUJER TRAS LA CERCA DEL JARDIN ...	75
IX	BREVE VIDA Y TURBADO DESCANSO...	83
X	EL ARBOL ABATIDO...	91
	APENDICE ...	99
	CASA CORVO, por José Marrero Marrero ...	101
	LOS MESES. INVIERNO - DICIEMBRE, por José de Viera y Clavijo...	107
	DESCRIPCION DE LA MONTAÑA DE DORAMAS, por Bartolomé Cairasco de Figueroa...	109